AÑO XXVIII - N. 2 Edición de España Febrero de 1913

Boletín Salesiano

Revista de las Obras de Don Bosco

Turin — Via Cottolengo N. 32.

SUMARIO.

La caridad en la educación. VII. 29
Asamblea de los Ex-alumnos salesianos del Piamonte 33
Tesoro espiritual 35
De nuestras misiones. — Brasil: *Un viaje de exploración al Rio Vermelho* 36
Gracias de María Auxiliadora 46
Por el mundo salesiano: El sucesor de D. Bosco en España. — Noticias varias: *Santander, Ciudadela, Barcelona.* — Asociación de ex-Alumnos: *Madrid, Oświęcim.* 49
Memorias biográficas de Mons. Luis Lasagna . . 53
Cooperadores Salesianos difuntos 56

La caridad en la educación.

VIII.

Odio al pecado y grande amor al pecador. (1)

Ya que venimos hablando de la caridad de D. Bosco para con los niños, considerándola más bien por el lado pedagógico que por el lado social, no podemos pasar en silencio uno de los rasgos de esta caridad, el cual no deja de tener interés.

A imitación del divino Maestro, que había venido a buscar, no a los justos sino a los pecadores, el corazón de D. Bosco sentía angustias de muerte al ver que se perdían las almas de tantos niños *perdidos*. Sus simpatías por los extraviados, la compasión infinita que se desbordaba de su tierno corazón a la vista de los *golfos*, encerrados en las cárceles o abandonados por las calles, no eran otra cosa que ansia devoradora de salvarlos a ellos y salvar sus almas. Para ello Dios le había dado una especie de visión intuitiva y profunda de la realidad espiritual del alma humana y de los dones sobrenaturales con que el Creador la ha embellecido. El contemplaba con honda amargura en aquellos pobres niños, a través de la carne sucia y degradada, el alma, la imagen viviente de Dios, afeada por hábitos inmorales, corrompida por pasiones nefandas, enbrutecida en el fango de los más viles instintos. Lo *pedagogos célebres* no pensaban en ellos; la *ciencia* de la educación era demasiado señoril para bajarse a la hez del pueblo; fué preciso que la *caridad* se lo advirtiera repetidas veces con ejemplos heroicos. La sociedad los despreciaba, tratándolos como a réprobos de la humana especie,

(1) V. número anterior.

y llegando con sus castigos hasta donde no llegaba con su protección, poseída de una crueldad parricida imcomprensible, creaba cárceles en vez de escuelas para acabar de perder a los hijos que no había querido educar. Semejante monstruosidad había de conmover hondamente el alma de Don Bosco, creada expresamente por la infinita Bondad para rehabilitar, mediante la eficacia redentora del amor, a aquellos desgraciados, sumidos en sus propios vicios por el desprecio y la incuria de los que debían cuidarlos; y determinó sacarlos de la atmósfera corrompida de la inmoralidad, cuyo símbolo trágico era la lobreguez hedionda de la cárcel, elevándolos a la atmósfera pura y radiante de la virtud, de la fe y de la esperanza. Su grande obra considerada en su conjunto no es más que la actuación abnegada de sus santos anhelos; no obstante, examinando algunos de sus detalles, se ve tan palpable la tendencia pedagógica de su caridad, que le acredita de innovador genial no solamente en la historia de la Pedagogía, sino también, y tal vez por eso mismo, en la historia de la cristiana caridad.

Una manifestación característica de esta tendencia educativa era la *predilección* con que trataba a los más necesitados intelectual y moralmente. Los *fines* y *procedimientos* de esta predilección dan a conocer la singularísima harmonía con que obraban sus portentosas faculdades de educador y apóstol. Por lo que a la *predilección* se refiere, en el Reglamento, hizo de ella *precepto* para sus hijos; las *obras* de ese amor especial ocupan miles y miles de páginas en las *Memorias biográficas*. Del Reglamento basta recordar los artículos siguientes:

« Los esfuerzos y solicitud de los maestros deben dirigirse especialmente a la categoría de los *difíciles*, de los *díscolos*. » Hablando de la educación intelectual, encarga con mucha insistencia que « *los más tontos* sean el objeto de sus cuidados; animarlos siempre, no envilecerlos jamás ». « Muestre el maestro, dice en otra parte, mucha estima y afecto a todos; pero especialmente a *los de tardo ingenio*. Evítese la perniciosa costumbre de abandonar a sí mismos a los *negligentes y cortos*. »

No es que él despreciase a los buenos y a los despejados; pero su corazón le decía que no son los sanos, sino los enfermos los que tienen necesidad de médico. En efecto, cuando allá por los años de 1847, en la plenitud de su actividad, pensó en escribir su Reglamento, en él no hizo otra cosa que reducir a artículos algo de lo que venía practicando desde muy atrás. Para confirmar esto, su biógrafo nos advierte que (1) « Don Bosco quería que formasen parte de su Oratorio no sólo los jovencitos más *ignorantes* para instruirlos, sino también los *malos* para convertirlos, con tal que no diesen escándalo a los buenos; deseaba que éstos sirvieran *de modelo* y *estímulo* a aquellos ».

Tal vez alguno objetará que de esta manera ponía en peligro la moralidad de los mejores, y por un beneficio de dudoso éxito hecho a los golfillos, podría hacer un daño irreparable a los inocentes; que en vez de servir los buenos de modelo a los malos, servirían éstos de mal ejemplo a aquellos; y las demás razones que se aducen al tratar de los malos compañeros. Todo ello es verdad y Don Bosco no podía ignorarlo; con todo, cuando escribía en el Reglamento que, « practicando el Sistema preventivo, los niños que entren en algún instituto con hábitos malos, no pueden perjudicar a sus compañeros,

(1) Memorias V. III, pág 88.

ni los buenos podrán recibir daño alguno de ellos », ataba bien los cabos; porque él contaba con medios para impedir el escándalo, caso que lo hubiese; o más bien, como hábil educador, sabría inutilizar su influencia sacando bien del mal; *quería valerse de esos mismos niños de* « ***tristi abitudini*** » (1) *para saludable experiencia de los otros y educar en éstos las más altas virtudes sociales, enseñándoles a practicar la verdadera caridad.*

Y aquí no se sabe que admirar más, si la delicadeza de su bondad o la penetración de su genio. Las deformidades físicas, la miseria y las llagas del cuerpo son repugnantes; sin embargo, inspiran lástima aun a los menos sensibles. Para percibir, empero, en todo su horror lastimoso la deformidad moral que es mil veces más repugnante, que repele como la ingratatitud y mancha como la impureza, se requiere un alma mucho más delicada. Los defectos físicos inspiran compasión al que los contempla porque, en general, hacen a los que se ven por ellos deformados humildes, dóciles y agradecidos para con aquellos que los consuelan o socorren; los defectos morales, además del peligro de infección mucho más grave, tienen algo de profundamente repulsivo porque hieren lo más noble, lo más íntimo y delicado de nuestro ser, y exponen al que pretende curarlos, no sólo al contagio, sino también a ser víctima de esos defectos mismos en lo que tienen de inhumano y antisocial. « Las ideas filantrópicas, decía uno de los oradores del Congreso de los cooperadores salesianos, habido en Chile em 1909 (2), en teoría son muy bellas y, enunciadas con un poco de entusiasmo, atraen; pero puestas en el terreno de la práctica son muy distintas: desaparece lo poético y no queda más que lo real. Cuando se trata de niños, de la ingenuidad, de los atractivos de los niños, creemos en ello, porque nosotros sólo conocemos a los niños de caritas blancas, de ojos vivaces, de cabellos rizados; pero, señores, no se trata de esos niños cuando se habla de Don Bosco. Hay que figurarse al chicuelo criado en la choza infecta o a la intemperie de la calle, con la cara deformada quizás por los vicios paternos, contraída por el prematuro sufrimiento, tostada por todos los soles, con el vestido sucio y harapiento; lleno el corazón de los instintos bravos y costumbres groseras, aprendidas en las borracheras del padre o en los iracundos arranques de la madre; esos que no tienen más que ingratitudes para la mano que los acaricia; esos que olvidarán de noche en el hogar lo que un alma celosa les haya podido enseñar en todo el día. ¡Ah!.... eso ya es otra cosa: el hombre que se acerca a esas pequeñas fieras, — víctimas inocentes inmoladas a los vicios de la familia y muchas veces a la desgracia, — no se acerca a ellos impulsado por vana poesía, sino por sacrificio, por celo cristiano ». Y Don Bosco había sufrido esas ingratitudes y vilipendios; sabía muy bien hasta donde llega el asco repulsivo, el instinto feroz y la perversidad brutal del cachorro de la bestia humana. Muchos lo insultaron, otros lo robaron; no pocos pagaron sus beneficios con calumnias infames y delaciones mortificantes, algunos llegaron a atentar contra su vida. Mas precisamente por eso; porque eran desgraciados *sine afectione*, como dice D. Pablo; porque el ser ingrato y desalmado es la desgracia más grande por ser en sí un gran mal y por ser además un mal horriblemente repulsivo que no conoce el mismo que lo padece, porque el pecado es el sumo mal, Don Bosco los amaba a pesar

(1) Ibi. lo. cit.

(1) Actas del sexto Congreso de los cooperadores Salesianos *Los Oratorios festivos*. Estudio del Sr. D. Gonzalo San Martín, Pbro.

de todo eso, precisamente por todo eso, con infinita ternura, y no paraba mientes en la ofensa que le hacían a él, sino en el daño terrible que se hacían a sí mismos. ¿Y cómo no había de ser así, si ya a los cuatro años, cuando apenas comenzaba a saber expresarse, no sabía dar otra razón a su madre que le reprendía porque se juntaba con malos compañeros? Con la cara ensagrentada por los golpes de sus *buenos* amigos, corría a su madre para que se la curase. « La madre al verle en tal estado, le decía: — ¡Posible! ¡Todos los días tenemos gresca! ¿Por qué te juntas con semejante compañía? ¿No ves que son malos? — *Por eso mismo me junto con ellos;* estando conmigo son mejores y no dicen ciertas palabrotas. — ¡Y en tanto vuelves a casa descalabrado! — ¡Ha sido una desgracia! — Muy bien. ¡No te juntes más con ellos! — ¡Madre...! — ¿Has entendido? — Si es por daros gusto lo haré; pero si estoy con ellos hacen lo que yo quiero y no riñen. — ¡Bueno! Tendrás que venir a curarte muchas veces. ¡Mira, — concluía ella inclinando un poco la cabeza — mira que son malos, malos!

Y Juanito inmóvil esperaba la última palabra de la madre, la cual, después de haber reflexionado un poco, como si temiese impedir una buena acción, le decía: — *Sin embargo, hazlo.*

Maravillosas, continúa el biógrafo, son estas razones en unos labios que todavía balbucían » (1).

Sí por cierto; maravilloso sobremanera; y si maravilla el hijo, no sorprende menos la madre. — ***¡Sin embargo, hazlo!*** *Júntate con los malos, aunque te rompan la cabeza, con tal que les hagas bien.*

Pero aquella mujer ¿sabía lo que enseñaba, autorizándole para juntarse con los pícaros, exponiendo, además del pellejo, la inocencia de su hijo? ¿Estaba segura ya de la virtud de aquel educador en agraz, que ni las malas palabras ni las malas obras que podrían venir después, vencían su corazón de madre para prohibir rotundamente lo que allá en su imaginación consideraba como un verdadero apostolado? Dejemos esto, que se prestaría a muy serias reflexiones, y volvamos a nuestro asunto; que en el fondo no es más que la aplicación en grande de esta resolución heroicamente evangélica, formulada por una mente de cuatro años y sancionada por una madre campesina que no sabía leer. ¡Admirable es Dios en sus santos!

Esa predilección, pues, por los malos que brotaba del deseo ardiente de convertirlos, formaba parte de los sentimientos más profundos del alma de Don Bosco; y estos sentimientos se manifestaban en cuanto la ocasión se presentaba, y se comprende que se presentaría con mucha frecuencia. « A veces, dicen las *Memorias* (1), entraban en el Oratorio jóvenes corrompidos, con ideas falsas en la cabeza, rebeldes, sensuales, poco aficionados a cosas de iglesia, holgazanes y tenidos por peligrosos. La expulsión del Oratorio era lo último. Primero los aislaba de los pequeños e ingenuos, de los que tenían inclinaciones parecidas o eran de virtud débil, y los rodeaba de amigos sinceros y seguros ». Pero no por eso podía evitar todos los escándalos « y cuando sucedía alguno, él, que en las desgracias materiales se conservaba muy tranquilo, se mostraba entonces muy apenado y exclamaba: ¡Qué desastre, qué desastre!... Y si el escandaloso no se enmendaba, lo echaba de casa juntamente con los cómplices » (2).

Harto preveía él que admitiendo gente de tal calaña, el escándalo era inevitable tarde o temprano; pero había

(1) Memorias V. I, pág. 49.

(1) Memorias V. III, pág. 566.
(2) Ibi. pág. 568.

otros intereses superiores en admitirlos, la expulsión debía de ser lo último.

También la Sabiduría infinita permite el mal para sacar mayor bien; y Don Bosco sabía mejor que nadie el efecto moralizador de los demoralizados. Perdónenos el discreto lector la antítesis; por algo la Santidad divina manda a este mundo tantas almas corrompidas. Adoremos los designios de Dios.....

No es preciso de ser un pozo de ciéncia pedegógica para darse cuenta de que un maestro hábil puede sacar mucho partido de la presencia, hasta cierto punto inevitable, de los niños malos para educar a los buenos. Margarita Occhiena, madre de nuestro Vble. Fundador, lo había comprendido con pasmosa intuición sin haber leído jamás ningun tratado de educación moral; el hijo por su parte manifestaba ya desde sus más tiernos años haber heredado la intuición educadora de la madre, aumentada con otras dotes excepcionales. Y así como las travesuras de los pilluelos de Becchi, sirvieron a Juanito Bosco para desarrollar sus admirables disposiciones y educar sus nacientes virtudes, del mismo modo utilizaba él la presencia y las picardías de los granujillas que asilaba en su Oratorio para palestra de los mejores. Desde luego que cuando niño no estaba él solo; estaba a su lado un admirable educador, su madre; pero entre niños muy malos, como él mismo dice, nació su vocación; del trato con ellos brotaron en su corazón una compasión grande de su desgracia y el ansia profunda de salvarlos. ¡Y nos maravillaremos si por medio de los pobres, ignorantes y corrompidos, al paso que mejoraba a éstos, hacía de los buenos santos, y de los mejores apóstoles como él? Pero esto merece artículo aparte.

(*Continuará*).

ASAMBLEA DE LOS EXALUMNOS SALESIANOS

del Piamonte

El 16 de diciembre tuvo lugar en el Oratorio la reunión de los exalumnos salesianos del Piamonte, que resultó numerosa, ordenada y provechosa.

Nuestro queridísimo Rector Mayor celebró para ellos la misa en el coro del Santuario de María Auxiliadora y a las 9,30 se abrió la sesión en el teatrito, adornado como de costumbre en tales ocasiones. Entre los presentes había eclesiásticos y seglares de toda edad y condición, unidos por un mismo ideal, el de hacerse promotores de un grande homenaje a D. Bosco. En efecto, fin principal de la reunión fué hacer salir del Piamonte, cuna de las Obras de D. Bosco, un impulso eficaz y casi dirección de la actividad, que los exalumnos deberán desplegar para erigir el monumento a D. Bosco, y para la preparación del segundo Congreso internacional con los correspondientes festejos.

Presidía el Sr. D. Pablo Albera, al cual hacían corona el Sr. Barón, D. Antonio Manno, Senador del Reino, el Sr. Conde D. Alejandro Arborio Mella, el Sr. Faá, el abogado Sr. Fino, Mons. Muriana y varios Superiores de nuestra Pía Sociedad.

Después de un saludo del Sr. Gribaudi y la lectura de numerosas adhesiones, entre las cuales fueron muy aplaudidas las del Emmo. Card. Richelmy, Mons. Morganti, Arzobispo de Ravena, y las de los Sres. Obispos de Asti, Novara, Aosta, Chiavari, y Massa Carrara, el Conde de Arborio ocupó la presidencia y dió la palabra al Sr. D. P. Albera.

El Sucesor de D. Bosco dirigió un paternal parabién a los presentes, llamándolos apóstoles del espíritu de D. Bosco, pues si se pueden contar los salesianos, no se pueden contar los antiguos alumnos que se convierten en incansables propagadores de las ideas de D. Bosco en la sociedad.

Después se pasó a la presentación de dos órdenes del día.

El primero, que explanó el Sr. Micheletti, trataba de « *La publicación de un Boletín de la Federación internacional: criterio y modalidad* ». Hélo aquí con sus conclusiones.

La primera asamblea de los ex-alumnos salesianos piamonteses:

Considerando que, sin un órgano central directivo e informativo, resulta prácticamente imposible actuar las *decisiones*, tomadas acerca del primer tema en el primer Congreso Internacional, especialmente « la difusión del conocimiento de la Federación y de sus actos, juntamente con los de las Sociedades confederadas », y *Notando* que el movimiento de los exalumnos, admirablemente aumentado después del primer Congreso, crecerá mucho más en los años que anteceden a 1915, de modo que el espacio que el *Boletín salesiano* nos concede con tanta generosidad será insuficiente, delibera:

Que el consejo Directivo de la Federación publique un *Boletín* propio, el cual pueda tomarse eventualmente como órgano oficial del Comité ejecutivo del Monumento a D. Bosco, dejando al arbitrio del expresado Consejo todo lo que se refiere al modo y criterio de la publicación, teniendo en cuenta las opiniones manifestadas en la asamblea.

El segundo, relativo a la « *acción de los alumnos para la erección del monumento a D. Bosco* » fué comentado por el abogado Sr. Fino en un discurso de elevados conceptos y sincero entusiasmo, que en resumen viene a decir:

Recordando el aplauso unánime y caluroso con el cual fué acogida en el primer Congreso Internacional la propuesta de erigir un monumento a D. Bosco « en Turín, en la plaza de María Auxiliadora, en el mismo lugar en que D. Bosco transformó suelo y almas, fundó la madre patria de su gente, envió sus colonias por el mundo y les dió el lugar perpetuo de reunión »;

Considerando el alto y singularísimo significado que tomaría en la historia de la Pedagogía dicho monumento, siendo obra principalmente y homenaje solemne y mundial de la gratitud de los ex-alumnos al gran educador y apóstol;

Considerando que los primeros y mayores beneficios de la labor pedagógica y humanitaria de D. Bosco lo recibió el Piamonte y Turín, la asamblea *delibera:*

1° Que, así como la idea del monumento partió de los ex-alumnos, del mismo modo salga de ellos también la organización y la propaganda para las suscripciones, que se deben recoger especialmente entre los antiguos y actuales alumnos de la obra de D. Bosco.

2° Que la propuesta de la asamblea piamontesa la recoja y haga propia el Consejo directivo de la Federación Internacional y que la transmita a todas las Uniones confederadas.

3° Que Turín y el Piamonte tengan la parte principal en las suscripciones para el monumento.

Para ello propone:

1° Que los ex-alumnos, oradores y escritores, se presten a las indicaciones de los comités locales para dar conferencias, presidir asambleas, redactar artículos, números únicos, opúsculos, y, en fin, todo lo que pueda servir para poner de relieve los grandes méritos sociales y pedagógicos de D. Bosco.

2° Que los ex-alumnos promuevan también fiestas, veladas, funciones, rifas de beneficencia, etc. para facilitar las suscripciones.

3° Que las Uniones y Círculos piamonteses y turineses de los exalumnos secunden todas aquellas formas de organización y propaganda que el Consejo directivo de la Federación crea convenientes, para que el aviso, que se extenderá por todo el mundo, tenga éxito feliz y los ánimos se dispongan a las grandiosas fiestas de 1915.

A las 12 hubo una comida social a cuota fija a cargo del Comité promotor. Cerca de doscientos se reunieron en torno de D. P. Albera, y al fin D. Juan Francesia les dirigió un delicado saludo en unos versos llenos de afecto a D. Bosco.

A las 15 se reanudó la asamblea.

D. Juan Ernesto Barolo trató brillantemente de la « Necesidad de promover congresos y reuniones locales de exalumnos para prepararse convenientemente a las fiestas de 1915 » y fueron aprobadas las conclusiones siguientes.

La primera asamblea de los exalumnos del Piamonte:

Considerando el alto significado religioso y civil de las fiestas conmemorativas del próximo centenario del nacimiento de D. Bosco;

Considerando que la glorificación del Padre puede ser un medio poderosísimo para difundir su espíritu en la educación de la juventud y en la formación civil y cristiana de la familia;

Considerando que la experiencia demuestra la eficacia de los congresos y reuniones no sólo para la propaganda de las ideas, sino también para la unión de los pensamientos y para despertar nuevas energías;

hace votos:

1° Para que todos los *Delegados* piamonteses

que intervinieron en la presente asamblea inicien otras reuniones y asambleas en la residencia de la propia Unión.

2° Para que tales reuniones se renueven periódicamente: *a*) a fin de conocer colectivamente y discutir las indicaciones del Consejo directivo de la Federación relativas al monumento; *b*) a fin de oir el parecer de cada socio acerca de las obras especiales que deben llevarse a cabo en la época de los festejos, las resoluciones prácticas que se deben tomar para facilitar las suscripciones y los temas que se deberán tratar en el segundo Congreso internacional.

El Sr. D. Alejo Pretto habló de los « *Medios prácticos* para facilitar, aumentar y asegurar la inscripción de los exalumnos en las Uniones y Círculos », explanando las resoluciones o propuestas.

Considerando de evidencia indiscutible, la conveniencia y necesidad de buscar y actuar tales medios, la asamblea

propone:

1° Que los presidentes de las uniones se entiendan con los Directores de los institutos salesianos, para que les den las direcciones de los alumnos que, habiendo cumplido los años de estudio o aprendizaje profesional, se trasladan a la ciudad o pueblo en que está establecida la Unión.

2° Que se considere incumbencia importantísima de cada Unión el formar el registro de las direcciones, teniendo cuenta exacta de los cambios ocurridos durante el año.

3° Que cada exalumno, por compañerismo, procure notificar al Presidente de la Unión la llegada, a la ciudad o pueblo, de los exalumnos que allí establecieren su domicilio.

4° Que las Uniones turinesas estudien el modo de tener un edificio que llegue a ser, no sólo domicilio de las Uniones de Turín y del Consejo directivo de la Federación, sino también una casa modelo, para los exalumnos que hacen los primeros experimentos de la vida, y que esta casa sea dedicada a la memoria del malogrado D. Miguel Rúa.

5° Que los exalumnos que viven en una localidad donde no hay Instituto salesiano o Unión, se inscriban en la Unión más cercana a su domicilio o en la central de la capital de provincia.

Las discusiones procedieron en la forma más serena y eficaz al mismo tiempo y pusieron de manifiesto la cariño filial que los exalumnos de los Institutos Salesianos conservan a D. Bosco, aun después de las más turbulentas vicisitudes.

Al fin, a propuesta de D. Félix G. Cane, la asamblea deliberó, para hacer más pronta y eficaz la actuación de las anteriores deliberaciones, especialmente las que se refieren a la erección del monumento a D. Bosco con la cooperación de todos los exalumnos y para empezar cuanto antes los trabajos de suscripción, que se formase una comisión regional piamontesa entre los exalumnos, y que en cada instituto salesiano se instituya, bajo la inspección del Director y del Presidente de la Unión, una comisión local.

Al mismo tiempo se determinó que los Presidentes de las Uniones turinesas y los Directores de las casas salesianas se reunan en diciembre para tomar acuerdos. Con los parabienes del ilustre Presidente de la asamblea, Sr. Conde de Arborio, una improvisación brillante de Sr. Betazzi y un discurso fraternal de D. P. Albera, que expresó a todos su profunda satisfación por el feliz éxito del congreso, éste terminó a las 18.

Por la noche la sección dramática del « Círculo Juan Bosco » dió una función de gala en honor de los asambleistas.

Nos prometemos poder hablar pronto de los frutos de la lucidísima asamblea.

TESORO ESPIRITUAL.

Los Cooperadores Salesianos que *confesados y comulgados*, visiten devotamente una iglesia o capilla pública, o si viven en comunidad, la propia capilla, y rueguen según la intención del Sumo Pontífice, pueden ganar las siguientes indulgencias plenarias:

Para el mes de Marzo:

Día 14. Los Dolores de la SS. Virgen.
» 16 Domingo de Ramos.
» 23. Domingo de Resurrección.

DE NUESTRAS MISIONES

BRASIL.

Un viaje de exploración
al Río Vermelho.

(Relación del misionero D. G. B. Couturon).

Cuyabá, septiembre de 1912.

Reverendísimo Sr. D. P. Albera:

Con muchísimo gusto, aunque después de hacerle esperar involuntariamente bastante tiempo, me pongo a cumplir la promesa que le hizo nuestro querido e infatigable apóstol de los Indios, D. Juan Bálzola, al participarle lacónicamente el resultado de sus exploraciones por la cuenca superior del *S. Lorenzo* y *Vermelho*, con cuatro mozos indios educados en nuestras colonias y el infrascripto (1).

En camino. — Hospitalidad en el campo. — Encuentro inesperado. — Buena pesca. — La misa. — Corrego Grande. — En las chozas. — Danza original. — Colocación de una cruz.

Bien provistos de hachas, cuchillos, hoces, mantas, vestidos, anzuelos, perlas artificiales, espejos, etc. y después de despedirnos de nuesqueridos hermanos y amigos, nos pusimos en camino con un sol ardentísimo el 15 de septiembre.

Viajamos todo el día sin incidentes y al anochecer pedimos hospitalidad al propitario de una *fazenda*, el cual nos la concedió muy cortésmente. La hospitalidad en el campo es un sagrado deber, que se cumple indistintamente con cualquier viajero, y de modo especial con los misioneros, dando el paso de éstos buena ocasión a las familias cristianas para bautizar y confirmar los hijos y también legalizar los matrimonios.

Prosiguiendo el camino, encontramos el 19 del mismo mes, en un sitio llamado *Corrego do Capão*, en casa de un pequeño propietario, tres indios dedicados al trabajo del campo; atravesando después los magníficos pastos del *Mimaso*, que se extienden en lontananza, donde pacen más de 10.000 caballos, además de inmensas vacadas y rebaños de corderos, encontramos en la *Tapera*, al subir las colinas del mismo nombre, una numerosa tribu de indígenas que viven habitualmente en pequeños grupos. Se encontraban allí reunidos para celebrar una de sus fiestas, llamada *Maguru*. En vano les habíamos pedido noticias de su tribu, ninguno sabía dárnoslas; pero mientras hacíamos nosotros mil conjeturas, hirieron nuestros oídos unos gritos lejanos, que maravillaban mucho en el silencio ordinario de aquellos parajes.

Nos acercamos por aquel lado y pudimos distinguir diferentes voces humanas; después, un rumor de arboleda, producido por las ramas de *aguassú*, palmeras que tienen las ramas dobladas hacia abajo a manera de tejado. No había duda, aquello era su morada. Un *¡Deo gratias!* nos brotó de lo íntimo del corazón; la divina Providencia se manifestaba visiblemente en esta circunstancia; no podíamos figurarnos que habíamos de encontrar tantos indios y tan pronto.

Pero nuestra admiración creció todavía cuando divisamos en una meseta un cuadro curioso. Una larga hilera de Bororos volvía de pescar, encorvados bajo el peso de la abundante pesca. Cada uno traía 30 *pacús* (casi 70 Kg. de peso) con suma facilidad. Una tira de corteza de un árbol les sirve de cesta. Enristran los peces en esta cuerda improvisada; y atando los cabos con un grueso nudo, la ponen en la cabeza, dejando la frente libre y los peces colgando por la espalda.

Algunos reconocieron a D. Juan Bálzola, pues le habían visto en la colonia *Teresa Cristina*, le salieron al encuentro y con pocas pero cordiales palabras le recordaron las pasadas aventuras.

Nos detuvimos junto a una aldea provisional; y mientras nuestro cocinero nos preparaba un poco de arroz, visitamos sus chozas invitándolos a oir misa a la mañana siguiente, des-

(1) Esta relación completa las breve noticia que nos envió D. Juan Bálzola, publicada ya. *V. Boletín de junio.*

pués de lo cual les daríamos los deseados regalos.

El capitán vino la misma tarde a restituirnos la visita, diciendo que al otro día se encontrarían todos sus compañeros a su debido tiempo para asistir a la santa misa.

En efecto, apenas despuntaba el día y ya estaba de vuelta a preguntarnos si era hora. A nuestra respuesta afirmativa respondió él con unos silbidos, y en menos de diez minutos todos los Bororos se hallaban en derredor de nuestra tienda. Arreglado el altar, D. J. Bálzola comenzó la misa y el indio *Marcos* respondía con toda precisión. Durante todo el tiempo del santo sacrificio aquellos buenos hijos de la floresta estuvieron en respetuosa actitud, asombrados de ver uno de los suyos tomando parte en él. Terminada la misa, el celebrante les dirigió una breve plática, y luego comenzó la distribución de los regalos. ¡Qué regocijo! ¡qué fiesta para aquellos pobrecitos! ¡Cuánto hemos deseado que nuestros amados cooperadores estuvieran presentes para participar de nuestra satisfacción!

Después de la primera etapa, era necesario continuar, pero nos faltaba el guía. En vano habíamos buscado un indio civilizado que conociera los caminos. Le dijimos al capitán, que se llamaba Enrique Bocoduré, si podía darnos uno de los suyos que fuese práctico, y puso dos a nuestra disposición, ordenándoles que nos condujeran a la aldea más próxima. Partimos, pues, para *Cuyabá-Mirim*, río que pudimos atravesar con una canoa prestada por uno de nuestros amigos; pero nos quedamos allí cerca, porque la falta de agua en aquellas inmensas llanuras nos obligaba a viajar de noche para disminuir un poco las molestias de la sed. Era un tiempo de extraordinaria sequía; tuvimos que continuar viajando de noche y descansar de día, hasta el pie de una cordillera que nos permitió viajar normalmente, y llegamos el 23 al *Corrego Grande* donde fuimos recibidos al son de una clamorosa danza (el *bacururú*).

Esta aldea es sin duda una de las más bonitas por sus cabañas, y una de las más pobladas de la tribu. Con mucha sorpresa encontramos allí unas 26 casas monísimas y un edificio central (*bahito*) de 20 metros de largo y de 5 a 10 de ancho. El número de los habitantes pasa de 300; contamos en fila unos 289, a los cuales se deben añadir algunos enfermos que no pudieron presentarse, los cuales recibieron los regalos en su propio domicilio. La mayoría de estos salvajes medio civilizados conocían a D. Juan Bálzola, pues habían vivido con él en la Colonia *Teresa Cristina*, confiada en otro tiempo al cuidado de los nuestros. Apenas terminamos, el capitán nos invitó a visitar su gente y el mismo se ofreció a hacernos de *cicerone*. Al acercarnos los perros aúllaban de un modo feroz; pero el capitán que iba delante les iba propinando unas coces tan vigorosas, que producían inmediatamente el efecto deseado, y los chuchos se metían para dentro rabo entre piernas.

Por precaución, además, cada uno de nosotros iba armado de una gruesa estaca; según es la gente, así son los usos.

Al revés de lo que pasa entre nosotros, aquí nadie se mueva a la llegada de un forastero; cada cual continúa su trabajo como si tal cosa.

Como estaban occupados en los preparativos de una gran fiesta, trabajaban con una actividad febril; las mujeres con grande premura amasaban una pasta de harina (*cangica*), que viene a ser allí el plato principal, y confeccionaban unas tortas *sui generis*, con otros platos cuyos nombres no sé; los hombres no hacían más que pintarse de *urucum*, trazando en la cara y en el pecho ciertas líneas simbólicas y poniendo sumo cuidado en su adorno, ya que la fiesta es sólo para ellos, pues a las mujeres les está prohibido el asistir.

En el interior de las habitaciones no se ven ni lechos ni sillas, ni bancos ni mesas. Para dormir, extienden en el suelo una estera hecha de hojas de palma. La almohada es cosa vedada, porque les torcería la postura del cuerpo que conservan siempre muy derecho. Solamente se nota alguna vasija de tierra cocida, de su propia fabricación, arcos, flechas, y nada más. Las provisiones son las indispensabels para su vida nómada; frutos de la selva, *cocos*, *jatubãs*, *araxicum* etc., algunas raíces de *manioc* y mazorcas de maíz, en cantidad necesaria para el día. Si la caza o la pesca son abundantes, comen hasta atracarse; si no, guardan el hambre para mejor ocasión.

Por último visitamos el *bahito*, que viene a ser para ellos una especie de cuartel, donde los hombres pasan la mayor parte del día. Encontramos allí varios mozos tendidos perezosamente en el suelo, que comentaban el *bacucurú* rehaciendose de las fatiga del baile. ¡Qué buenos colonos tendrá el Gobierno brasileño el día que estén civilizados!

Después de la visita, como era ya tarde, nos retiramos con nuestro *cicerone* a las tiendas para tomar algo; y él nos evitó la molestia de invitarle pues se invitó por sí mismo.

A la mañana siguiente, celebramos temprano la santa misa y asistieron todos, niños, mujeres y hombres, excepto los enfermos. ¡Una escena conmovedora! ¡Lástima que no tuvieramos una máquina fotográfica!

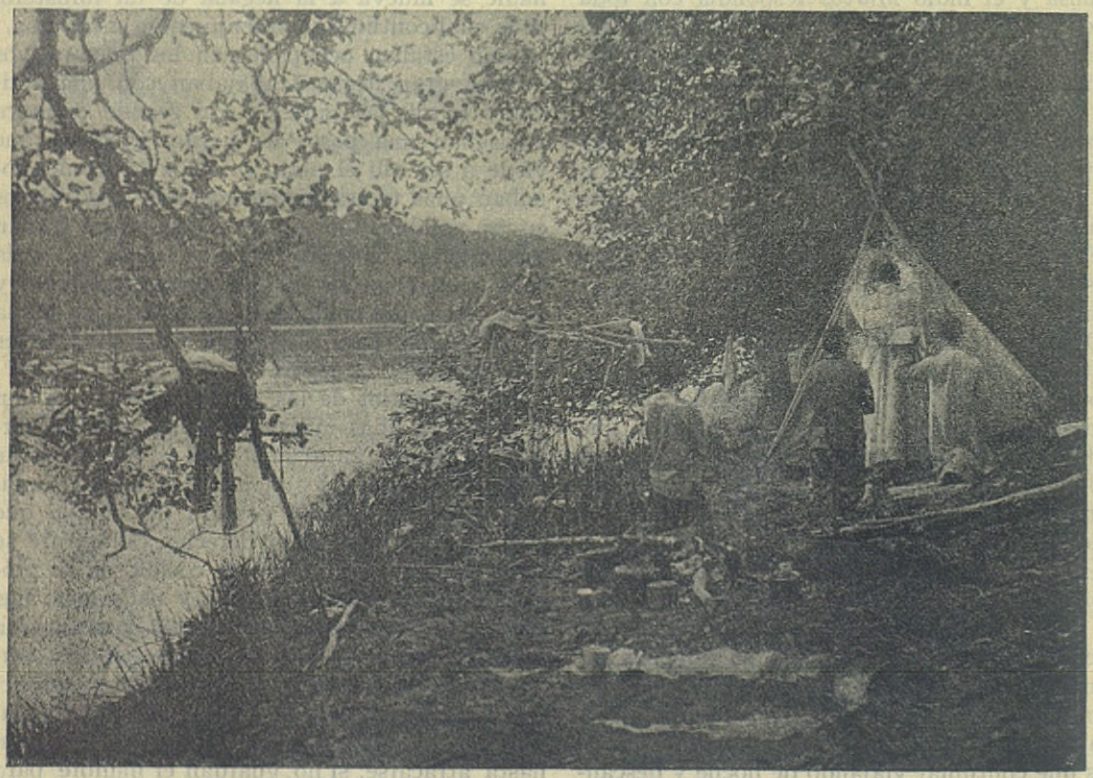
Después de la misa, tomamos informaciones y comenzó la distribución de las cosas que duró no menos de 4 horas. Las mujeres no podían hacer callar los niños.

Por la tarde a eso de las cinco, nos esperaba una grata sorpresa. Los jefes de la tribu nos invitaron para que asistiéramos a una de las danzas más originales. Veintitrés mozos, altos y robustos, cubiertos de plumas y flores, bien alineados, esperaban la señal para comenzar. Al dar la señal el capitán, el fornido grupo, como un solo hombre, recorre dos veces el vasto recinto donde hacen sus maniobras, saludando otras tantas profundamente a los jefes presentes. Entonces el capitán, soplando en una especie de flauta y agitando en el aire dos *caboças*, comienza una serie de movimientos y contorsiones extrañas y dificilísimas que los otros imitan, y er seguida se pone a saltar dando zapatetas en todas direcciones, mientras los guerreros continúan sus movimientos dando saltos a lo largo y a lo ancho. Cansados ya, se retiran todos; un compañero les echa sobreel cuerpo un vaso de agua fría, y así concluye el espectáculo.

Esta danza, tan extravagante en sus movimientos, es, sin embargo, hermosa por la actitud de los danzantes y la uniformidad de los cadenciosos meneos.

Había uno que nos llamó particularmente la atención; un mocetón de hermosas líneas y gestos desenvueltos. Era uno de los tres indios que D. Juan Bálzola había llevado a Europa en 1898 y se llama Federico. Vuelto a su patria, se fué a su aldea natal; pero no encontrado maestros que continuaran su civilización, volvió a la vida primitiva de la floresta y hoy es uno de los jefes de la aldea.

Después del baile, según su costumbre, para saber lo que pasaba en los otros parajes de la tribu, los jefes nos rogaron que permitiéramos a nuestros indios pasar la noche con ellos en el *bahito*. De buen grado se lo concedimos; pero esto nos pudo perjudicar, porque nuestro mulero tenía el padre en la aldea sin que nosotros lo supiéramos. Este, en efecto, juntamente con los jefes instaron al mozo para que se quedase con ellos, abandonándonos; pero la respuesta que él daba siempre a sus instancias era esta: « El blanco no tiene quien le cuide los mulos, y yo no debo abandonarlos ». ¡Qué buen corazón! ¡Dios le recompense la lealtad de que dió tan hermosa prueba! (1).



MATTO GROSSO (Brasil) — Una misa en la selva.

(1) En una visita de D. Antonio Malán a las colonias, contrajo matrimonio religioso y se estableció definitivamente en la colonia de S. José, donde sigue siendo uno de los indios más honrados, merecedor de toda nuestra confianza.

Para perpetuar el recuerdo del misionero, antes de despedirnos, invitamos a los indígenas para que asistieran a la colocación de una cruz, que algunos de ellos habían construído el día antes, según nuestras indicaciones. Todo se hizo con la mayor sencillez; D. Juan Bálzola pronunció una plática de ocasión y, despidiéndonos de ellos, nos encaminamos hacia la colonia *Teresa cristina*.

En la colonia. — Recuerdos. — ¡Cuánta fe! — Contratiempo. — Las hormigas. — Reposo. — La india Rufina. — De nuevo en camino.

Caminamos 8 horas largas por un terreno arenoso, recreando la vista a lo largo de la senda con las hermosas plantaciones de cauchus, cortados de alto a bajo, de cuyas numerosas cortaduras corría un líquido lechoso; y al caer la noche llegamos a la colonia. Esta lleva ya 30 años de existencia y se halla situada sobre la orilla derecha del S. Lorenzo, frente a la *Sierra Pieboga*. Tuvo tiempos bastante prósperos, habiendo visto en su area más de 400 indios en camino de civilizarse entre 100 o 150 civilizados.

Era una bonita aldea con algunas casas cubiertas con tejas (lo cual aquí es un verdadero lujo); tenía una casa bastante cómoda para el director y una capillita de la cual quedan solamente las paredes. El viajero que al pasar hoy por allí oye hablar de la prosperidad de esta colonia, no ve más que ruinas. Salvajes y civilizados la han abandonado totalmente y la acción del tiempo no tardó en hacerse sentir. De los magníficos campos de maíz, de judías, *manioc* y caña de azúcar, no queda nada; las malezas y gramas han nivelado y confundido todo campos y huertas, prados y bosques. No sin grande amargura volvió a ver el P. Bálzola este centro, que había dirigido durante tres años y donde había derramado tantos sudores.

Una cosa, no obstante, nos consoló, y fué el observar el espíritu religioso de la gente que vive allí todavía; todos los sábados se reunen para rezar a los pies de la Virgen, cantando las letanías y otras alabanzas. Los dos domingos anteriores a nuestra llegada, habían hecho una procesión para pedir la lluvia. ¡Pobre gente! ¡Qué necesidad tienen de que los visite un sacerdote de tiempo en tiempo! Es conmovedor el verlos cumplir aún con tanto fervor las prácticas de piedad que de nosotros han aprendido diez años ha.

Poco faltó para que tuviéramos que lamentar aquí la pérdida de uno de los nuestros. El indio *Marcos*, después de haber comido con nosotros, volvió a comer con los compañeros, los cuales se tragaron una tortuga de tamaño regular. Luego le vino la ocurrencia de añadir algunas raíces de *manioc* y algunas docenas de peces. Este exceso le costó bien caro. A eso de media noche oí la voz de nuestro *Quico* que gritaba:

— ¡Padre! ¡Padre! ¡Ven en seguida! ¡Marcos está muy mal!

Me pongo la sotana y corro a verle; estaba casi moribundo, y algunas horas antes le habíamos visto lleno de salud y de vida. Mi primer pensamiento fué encomendarlo a la reina de los médicos, María Auxiliadora; luego, mediante algunos remedios y fricciones, procuramos que recuperase los sentidos. Gracias a Dios después de media hora de angustia, pasó el peligro; pero, para no cansarle demasiado, aplazamos el viaje, empleando el día en ocupaciones del sagrado ministerio y bendiciendo dos matrimonios.

La mañana del 28 de setiembre muy temprano, nos dirigimos a las fuentes de río *Madeira* en cuyas márgenes hallamos los pacíficos indios de que hablé antes. Un viento helado que soplaba del Sur no nos permitió cerrar los ojos toda la noche; y por la mañana, aunque era la fiesta de S. Miguel Arcángel, y nos acordábamos especialmente de nuestro D. M. Rúa, tuvimos que privarnos, bien a pesar nuestro, de la satisfacción de celebrar la santa misa.

Aquella mañana fuimos echados muy temprano de nuestras tiendas, y obligados a huir lo más pronto posible, por una multitud de hormigas, llamadas *correçao* que nos acometieron por todas partes. Volvimos de nuevo hacia el S. Lorenzo y lo pasamos el 1° de octubre. Este río arrastra un caudal de agua muy considerable y corre con bastante impetuosidad; ha engullido muchas mercancías de las caravanas y he hecho numerosas víctimas, siendo muy peligrosa su travesía.

Afortunadamente encontramos una pequeña piragua que nos prestó un gran servicio, y nos permitió atravesarlo con todo el bagaje sin graves inconvenientes. Nuestras cabalgaduras lo pasaron a nado y por poco quedan allí dos. Llevadas por la corriente, nadaban de un lado para otro; y no se hubieran salvado, si un tronco muy grande que había caído al río y estaba atravesado de orilla a orilla, no les hubiera dado un punto de apoyo, mientras nosotros acudíamos a socorrerlas. Sin perder tiempo nos volvimos al *Vermelho*, para trasladarnos a un sitio donde hay algunas familias de *Goyaz*, que se dedican a la agricultura y a la industria ganadera. Habían pasado dos años desde que el P. Bálzola les había hecho una visita por encargo del Gobierno; y aquella buena gente se alegraron muchísimo de vol-

verlo a ver. Hicimos una parada más larga de lo acostumbrado para dejar descansar los animales, instruyendo en tanto en la religión a aquellas familias y proveyéndonos de lo necesario para la avanzada; entre otras cosas nos hacía falta un guía.

Entre el pequeño número de salvajes que viven en aquellos contornos, hay una mujer que antes se llamaba Rufina y ahora Isabel, la cual en 1884 ayudó al Comandante Duarte a someter aquella fracción de la tribu de los Bororos; más tarde volvió a la vida errante y llegó a ser capitana del terrible grupo de sus feroces compatriotas que asaltaban, incendiaban, asesinaban y talaban todo lo que encontraban a su paso. Cuentan, por ej., que la familia de Sr. Manuel Ignacio, de 11 personas, fué completamente exterminada, como dice la relación publicada por el P. Malán en 1902. Cansada finalmente esta amazona, abandonó el teatro de sus fechorías, y cambiando de nombre quiere vivir escondida para que la dejen en paz. El guía que por suerte encontramos, y nos prestó un precioso y desinteresado servicio, fué el Sr. Luis Estévez Rodríguez, hombre de unos sesenta años, fuerte y robusto, que goza de grande estima y reputación entre los Bororos, puesto que ejerce con ellos la medicina.

Provistos de todo lo necesario para 15 días de viaje, saludamos a aquellas familias que tuvieron la atención de acompañarnos por un buen trecho de camino; y nos entramos resueltamente en el corazón de la floresta virgen.

Abriéndonos paso con hoces y cuchillos. — La misa en el bosque. — Impresiones. — En el Aroyari. — El vado de un río. — Rodeados de fuego. — Heroísmo de los indios. — Sin agua. — Noche triste.

Una nube de insectos vinieron a perseguirnos todo el día, produciéndonos hasta en los ojos y las orejas dolorosas punzadas; algunos, llamados *carapatos*, se agarran de tal modo a la piel, que es preciso arrancarlos a viva fuerza. Hacia la tarde tuvimos un nuevo género de lucha.

Nos hallábamos en plena floresta y debíamos abrirnos el camino con las hoces y cuchillos, lo cual, como se comprende, es muy pesado. Hubimos de emplear tres horas y media para andar media legua. A pesar de las peripecias del día y la fatiga de la marcha, no nos abandonó el buen humor, porque nuestro guía no cesaba de contarnos historietas y cuentos que amenizaban la penosa marcha. Ya estábamos acostados y casi dormidos, y todavía sentíamos la voz de nuestro hombre que quería, aun medio dormido, continuar su cuento que repetía por décima vez a título de novedad. La impresión de la primera noche en aquellas inmensas florestas no tiene nada de póetica, y yo no hablaré de ella.

Al rayar el alba celebramos como de costumbre la santa misa. Sin duda que aquellas majestuosas selvas veían por vez primera la celebración de nuestros augustos misterios. Yo estaba muy emocionado; algo divino e infinito llenaba la atmósfera y nos hacía tangible la divina omnipotencia. Del fondo de nuestro corazón brotó una plegaria por tantas pobres almas que viven errantes en aquellas soledades; almas que encomendamos, además, a las fervientes oraciones de cuantos suspiran por el desarrollo del reino de Cristo. Después fué preciso continuar, internándonos en el corazón de aquellas vírgenes selvas, caminando siempre rodeados de una vegetación exuberante y abriéndonos paso por entre las resistentes lianas, gruesos bambúes, matorrales y arbustos espinosos, todo ello con grandes molestias.

Entre aquellas gigantescas palmeras que sacuden allá arriba su soberbia cabellera, las orquídeas balsámicas y una innumerable variedad de plantas propias del clima ecuatorial, cuyos ramos parecen mecerse en los brazos de grandes lianas, la floresta resulta el ensueño del poeta y el terror del caminante. Nadie puede hacerse una idea precisa de las dificultades que allí se encuentran, si no las ha experimentado. No son las serpientes de extraordinaria largura y grueso, ni las onzas, lo que espanta más; sino los innumerables insectos, venenosos a veces, y las duras fatigas a que hay que someterse a causa de la configuración de la *Matta virgem* (la selva virgen) y de la triste necesidad de atravesarla con bestias de carga. ¡Y decir que llevábamos con nosotros una docena!

Continuando, pues, nuestro viacrucis, el 6 de octubre llegamos al *Aroyari*, uno de los asilos donde se reunieron algunos Bororos cuando se les trató como alimañas feroces. Estos no quieren ninguna relación con los civilizados; viven completamente aislados en absoluta desnudez; sin embargo, fabrican unas tazas, platillos y otras vasijas que no hemos visto entre los otros indios. Tal vez sabían esta industria de los antiguos habitantes del *sertão*, que fueron sus víctimas.

Informados de su estado, habíamos reservado para ellos los mejores regalos, incluso las telas más vistosas, a fin de que nuestro paso les fuera causa de alegría. Nos aprovechamos de sus buenas disposiciones, para informarnos de la situación de las otras aldeas cercanas, y nos dieron las más seguras y completas informaciones. Pero en vista de las dificultades crecientes que se oponían a nuestra marcha, estábamos ya para desistir de la empresa; no obstante, e

pensamiento de que con nuevos esfuerzos y con algún refuerzo nos sería posible continuar nuestro itinerario nos alentó, y nos decidimos sin más a proseguir.

Escogimos tres hombres de buena voluntad, los cuales, mediante una conveniente retribución, se determinaron a ayudarnos- precedién donos para abrir el sendero a través la selva, y nos pusimos de nuevo en viaje.

Doce hombres de alta estatura nos ayudaron también para pasar un río que corría no lejos de su aldea. Apenas llegaron, en un abrir y cerrar de ojos, cogieron los bagajes, se los pusieron en la cabeza, se metieron con ellos en el río y en diez minutos lo esguazaron con sorprendente facilidad. Era un espectáculo curioso ver a flor de agua, como si fueran hongos que se movían sobre le superficie del río, las cabezas de los indígenas con nuestras maletas y cestas, luego nuestros mulos, y por fin nosotros, los misioneros, nadando con toda nuestra fuerza para no separarnos de la comitiva. La travesía salió muy bien. Llegados a la orilla opuesta, tuvimos que trepara una meseta que tenía unos veinte metros de altura, cuya subida era casi perpendicular y muy arenosa. Ya creíamos haber llegado a la cima, cuando de improviso nos vinimos todos abajo y nos encontramos de nuevo en el agua. Para hacer subir a las bestias no hubo más remedio que hacer una especie de gradinata, y atándoles una cuerda al cuello, las subíamos una por una, casi a la fuerza. Después de haber pagado a nuestros ayudantes con algunos metros de tabaco arrollado, los despedimos y proseguimos la marcha.

Pasada media hora, se nos pone delante otro río; repetimos la maniobra para vadearlo, y adelante. Pero las ondulaciones se sucedían a las ondulaciones; subíamos y volvíamos a bajar para volver a subir y bajar continuamente, y la noche se nos venía encima. Serían las seis, hora en la cual ordinariamente las caravanas se paran y toman precauciones para pasar la noche.

La prudencia aconsejaba suspender el viaje, porque habíamos pasado algunos sitios donde había habido fuego; y aun se veían troncos humeantes, otros carbonizados y otros hechos ya ceniza.

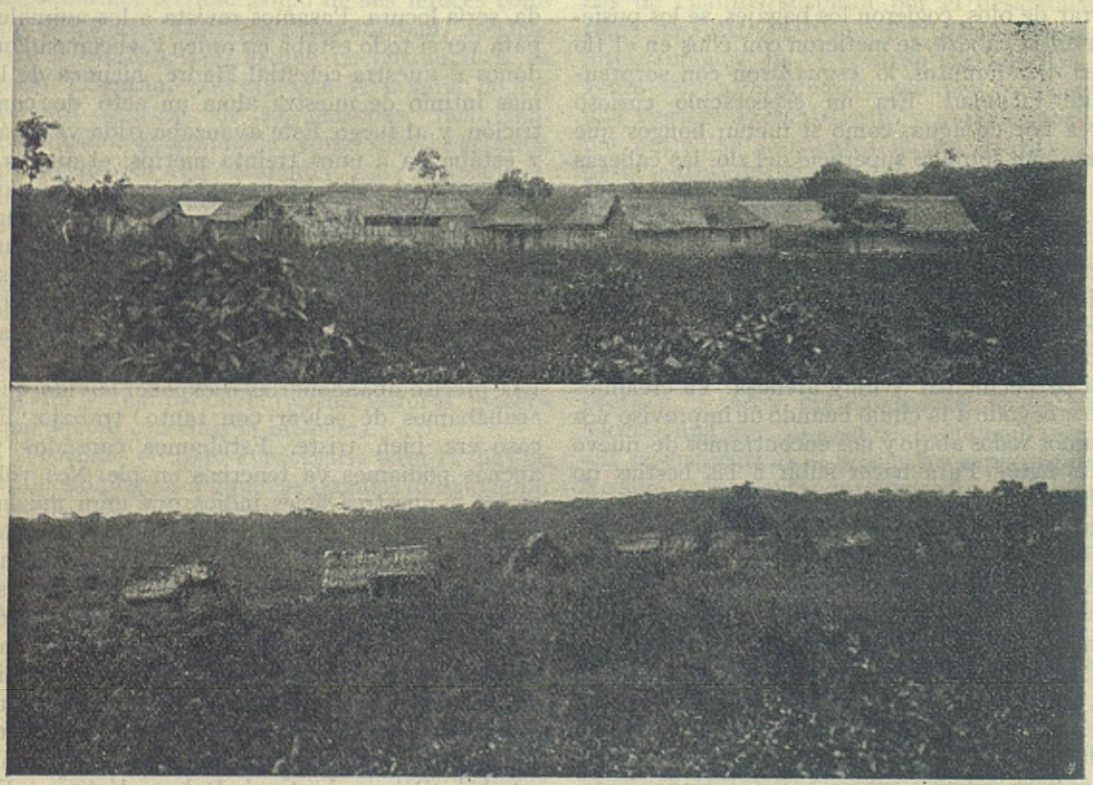
Sin reflexionar mucho sobre el caso, seguimos caminando. Pero después de un cuarto de hora, la atmósfera comienza a hacerse pesada, un humo denso nos oscurece poco a poco el horizonte y en menos de cinco minutos un espantoso chisporroteo nos advierte que el fuego está cerca de nosotros. Los bambúes con el calor y la presión del aire estallaban en todos los sentidos. Lo único que debíamos hacer era batirnos en retirada. Desventuradamente el fuego nos había envuelto, cortándonos el paso. Atizado por un viento impetuoso y favorecido por la disposición del terreno ondulado, el incendio había tomado proporciones enormes y se extendía amenazador, formando en torno nuestro un círculo de fuego. El momento era trágico. Sin esperanza de poder volver atrás, no nos quedaba más que un recurso, abrirnos un portillo a través de la línea de fuego que avanzaba hacia nosotros.

Tan sólo el tentar buscarlo a derecha o izquierda, sería locura. Pasamos revista a los animales para ver si todo estaba en orden y, encomendándonos a nuestra celestial Madre, hicimos de lo más íntimo de nuestra alma un acto de contrición, y al fuego. Este avanzaba cada vez más y estaba ya a unos treinta metros; el aire era sofocante, el calor insoportable hacia salir por nuestros poros gruesas gotas de sudor, el termómetro marcaba ya 42° y continuaba subiendo a ojos vistas. Con un arranque desesperado tentamos el paso y fuimos bastante afortunados; pero nuestras bestias, como estaban cargadas, recalcitraron y se quedaron atrás. Era preciso abandonarlas o exponer la vida que acabábamos de salvar con tanto trabajo. El caso era bien triste. Estábamos cansados y apenas podíamos ya tenernos en pie. Nos volvimos a nuestros fieles indios que eran mucho más fuertes que nosotros. Las lágrimas asomaron a los ojos de uno de ellos, y rodando por sus mejillas fueron a humedecer las cenizas calientes; luego le vimos partir veloz como un gamo. Otro le siguió inmediatamente. En tres o cuatro saltos pasaron la zona de llamas, y continuando la carrera, alcanzaron los animales que huían espantados del fuego. Haciendo esfuerzos hercúleos lograron traerlos; pero ¡en qué estado! ¡Pobres bestias! Daban lástima. El arrojo de estos indios se explica porque son mucho más resistentes que nosotros, acostumbrados como están a vivir en sus chozas junto al fuego, respirando un humo molestísimo. Con esto no quiero disminuir en lo más mínimo el mérito de su heroica hazaña; Dios me libre. Si nosotros estamos vivos todavía, después de la Virgen Auxiliadora, se lo debemos a ellos; y por cierto que se lo manifestamos allí mismo con mucho gusto. Tal acto de valor no les valdrá seguramente una condecoración, pero les procurará grandes beneficios en esta vida y el galardón del cielo en la otra.

Apenas nos vimos salvos, nuestras primeras palabras fueron un *Agimus tibi gratias...* que nos salió del corazón; luego, un poco más tranquilos ya, procuramos dejar aquellos lugares de desolación para buscar un abrigo, respetado

por el fuego; la noche se extendía ya sobre la selva. Por fortuna el abrigo no distaba más que un centenar de metros; pero se había apoderado de nosotros una sed ardorosa y no era posible encontrar una gota de agua... ¡y pensar que por la mañana debíamos atravesar dos ríos!

Era tal nuestro cansancio que no tuvimos fuerzas para armar la tienda; cada uno se tendió como pudo sobre las monturas de los animales. No encontrando ni siquiera una brizna de hierba en todo el contorno, los dejamos atados toda la noche, después de haberles echado algunas hojas de palmera, cuando hubimos reposado un poco. La noche iba pasando lentamente; y si bien no dormíamos, ninguno decía palabra. Hacia las diez, uno de los indios, no pudiendo resistir más, se levantó en busca de agua; dirigióse a un regato seco, comenzó a escarbar en la arena y, encontrando un puñado de ella húmedo, vino a traernos la grata noticia. Aunque renqueando, todos lo seguimos al punto, armados de azadas y zapapicos. Cada uno ponía al mal tiempo buena cara, procurando infundir en los demás el entusiasmo que estaba lejos de sentir. Pero nuestra esperanza se disipó, y tuvimos que volver cabizbajos a nuestro duro lecho, esperando el día para poder apagar la sed. Finalmente nos levantamos. D. Juan Bálzola dijo la misa con unas gotas de agua que había conservado en la cantimplora, mientras los indios hacían escavaciones en diferentes sitios. Esta vez afortunadamente encontraron un hilo de agua. *¡Deo gratias!* Este socorro providencial nos permitió hacer un poco de café, y pudimos tomar un piscolabis. D. Juan Bálzola había celebrado la misa bendado, pues se había herido de bastante gravedad el párpado izquierdo en en la carrera que nos salvo de las llamas. También yo me hice un rasguño de dos o tres centímetros en un muslo con una rama cortada que se atravesaba en el camino. Pero no tuvieron las heridas, a Dios gracias, graves consecuencias; como tampoco las tuvieron los numerosos arañazos que cubrían el rostro y las manos de nuestros compañeros de expedición.



MATTO GROSSO (Brasil). — Colonia de la Inmaculada a orillas del Río das Garças
La residencia de los misioneros. — Las casas de los indios.

De nuevo en el agua. — ¿Retroceder? — Dulces recuerdos. — En el Aigieri. — Sorprendidos por los indios. — Feliz encuentro. — Cambio de objetos. — ¿Por qué no hay niños? — Nociones de medicina.

No pudimos partir hasta las 11, pues tuvimos que arreglar los cinchos gastados y las monturas que se nos descosían. Al cabo de media hora,

encontramos un charco de agua negruzca; sin embargo, olvidando las precauciones higiénicas, bebimos cuanta nos pareció y nuestros animales no acababan de lamerla con avidez extraordinaria. El día pasó como el anterior, menos el incidente del incendio. El ocaso del sol nos invitaba a plantar las tiendas, y nuevamente nos vimos obligados a pasar la noche sin agua y las cabalgaduras sin pienso. Para hacer un poco de café, tuvimos que filtrar diez veces el agua cenegosa que habíamos exprimido del fango mismo. El jefe de la caravana, que llevó a cabo la operación, cortó en dos pedazos de un golpe de zapapico una gruesa y peligrosa serpiente; y arrojándola a un lado con mucha indiferencia, continuó su trabajo. Un día más de viaje con semejantes incomodidades era suficiente para dejarnos sin fuerzas, tanto a los hombres como a las cabalgaduras. Resolvimos pues volver atrás... A las dos de la noche (era domingo) estábamos ya en pie, y llamamos a los indios cristianos para oir misa, en la cual rogamos al Señor para nos guiara durante la expedición.

Entre tanto nuestro pensamiento volaba a Turín. Hablamos de nuestros buenos Superiores, de nuestro Venerable Fundador y de los amados hermanos cuyas fervorosas plegarias por los misioneros se elevaban a Dios, y nos parecía oir la *Salve* que todos los días rezan por nosotros. Cuando volvimos los ojos a la realidad que nos rodeaba, teníamos el corazón emocionado y los ojos llenos de lágrimas; nuestro valor se había reanimado y nuestra alma estaba dispuesta a sufrir nuevas penalidades. Cogimos un hacha, tallamos en un grueso tronco una cruz grande para dejar un recuerdo del paso de los soldados de Cristo; y retractando la resolucción tomada el día anterior, volvimos a proseguir nuestro camino. ¡Feliz y santa inspiración!

A eso del mediodía, pisábamos las orillas del *Rio Taradimana*, donde nos esperaban los tres indios que nos habían precedido. Nuestra primera ocurrencia fué preguntarles quién había dado fuego a la floresta; y nos respondieron muy tranquilos que habían sido ellos ¡para dejarnos expedito el camino! ¡A poco nos lo dejan también expedito para la eternidad!

Caminamos río arriba más de 300 metros, y apareció a nuestra vista una pradera encantadora; al instante nos apeamos y, aunque la aldea estaba lejana, determinamos pasar allí el día. ¡Cuántas fatigas de un día para otro! Pero protegidos por la Virgen Auxiliadora, cuyo auxilio habíamos pedido con tanto fervor, las íbamos sobrellevando con facilidad.

Mientras reposábamos un poco, vimos algunos indios del *Aigieri* que venían a pescar en el río. Como estábamos ocultos en un repecho y no lejos había una cascada rumorosa, nos cogieron desprevenidos. Al vernos, no obstante, comenzaron a gritar y se dieron a la fuga. Mandamos en seguida nuestros indios para explicarles nuestras intenciones y hacerlos venir. Se acercaron y en pocas palabras logramos persuadirlos de que nada tenían que temer de nosotros; y dándoles un poco de tabaco y algunos pañuelos, los despedimos, rogándoles que avisasen a sus compañeros. Al día siguiente nos dirigimos a su aldea.

Bordeando enormes precipicios y llevando los mulos de la mano, bajamos a una profunda cañada; luego faldeamos una gran montaña y a poco llegamos a la aldea de los indios. Un centenar, entre hombres y mujeres, nos espiaban a través del ramaje. Por cierto que esta inspección no nos daba buena espina; una flecha podría muy bien salir de la espesura; pero D. Juan Bálzola les dirigió algunas palabras en su jerga y uno de ellos se le acercó con dos o tres niños. El Padre aprovechó la ocasión y metiendo las manos en los bolsillos, sacó algunas chucherías; habíamos ganado la partida y ellos comenzaron a tratarnos sin recelos. Acercáronse los otros con toda confianza y todos recibieron alguna cosilla, con la promesa de darles algo mejor el día siguiente.

Los hombres se destinguían por la talla y robustez, no ordinarias entre los Bororos; una veintena de ellos medía más de un metro y diez centímetros de tórax; no nos quitaban los ojos de encima y en ellos se veía pintada la sorpresa de vernos por allí.

Los niños se quedaron estáticos contemplando nuestras cabalgaduras; las seguían por doquiera para verlas pacer en el campo y no se cansaban de observar cómo movían las largas orejas. Les preguntamos si conocían a otros hombres como nosotros, y nos dijeron que habían encontrado alguno en sus correrías, pero por aquellos parajes no habían visto ninguno; algunos, que tenían el pelo ya un poco gris, decían que siempre habían creído que en el mundo no había más gente que la de los Bororos.

De esto se puede colegir lo que pasaría en su imaginación al vernos sacar de los baúles tantas cosas y tan bonitas. Pasamos tres días en su compañía y ya nos habíamos hecho amigos; pero había que pensar en volver. Además de la caza que ellos mismos nos daban durante nuestra la estación, mediante el cambio de alguna fruslería que para ellos valía mucho, nos hicimos con algunos objetos de su fabricación, como pendientes en forma de menguante, dijes que se ponen en el labio inferior, collares de dientes de tigre, pulseras de dientes de mono etc. etc. Tam-

bién les sacamos algunas cazuelas, tazas, platos y jarros muy bien hechos; en una palabra, todo aquello que puede dar idea de su estado e interesar a la etnología, como puede verse en nuestro museo de *Coxipó da Ponte*.

Lo que impresiona más al viajero son las habitaciones de este pueblo, aun en estado primitivo, su absoluta pobreza y el no verse apenas niños de uno a tres años. Nos preguntamos si los esconden o no los tienen. Hemos procurado averiguarlo, y la hipótesis siguiente nos pareció la más probable. Los recien nacidos de-

MATTO GROSSO (Brasil). — Indios de nuestras colonias cazando.

fectuosos, como es sabido, viven poco generalmente y por eso son escasos; los otros con frecuencia son víctimas de los sueños extravagantes que suelen tener sus padres, o de la negligencia de las madres que, llevando consigo los infantes, los dejan expuestos al frío y al calor, a la lluvia y al viento, y a las mil privaciones de su vida errante. Si sobreviven, una epidemia, la difetria u otra enfermedad, los ataca y mueren a docenas, no habiendo para ellos ningún remedio.

De ahí que entre los adultos haya pocos con defectos físicos; la obesidad es caso rarísimo entre ellos, es más común la hidropesía. Los reumas, en comparación de otras enfermedades, se puede decir que les son habituales; lo mismo los constipados, de los cuales hacen poco caso; las enfermedades de la vista son comunísimas; las mordeduras de las serpientes, y de cualquier insecto venenoso, no tienen remedio y pocos escapan de los que llegan a padecerlas; varías veces hemos visto escenas horripilantes. Tienen, sin embargo, algunos conocimientos de medicina; o por mejor decir, conocen el uso de algunas plantas medicinales. Usan, por ejemplo, el *tayugá* contra el reuma y las enfermedades del hígado; la *douradinha* como febrífugo; el *algodaosinho* contra las enfermedades internas; el *amendoim* y la *promeria* para las mordeduras de las serpientes, la *salsa de gomo do campo* contra la anemia, el isterismo, etc. etc.

De vuelta. — En Jorigui-Paru. — ¡Buena gente! — Otros indios. — Llegada a Cuyabá. — Frutos del viaje. — Conclusión.

Volvimos por el mismo camino de la ida, con la diferencia de que siendo ya más prácticos, pudimos evitar fácilmente algunas fatigas inevitables al que hace por vez primera el trayecto.

Volvimos a ver todas las familias de aquellos lugares halladas a la ida, y tuvimos que sepa-

rarnos de nuestro buen guía Luis Estéves, que nos prestó un gran servicio y debió sufrir mucho por nuestra causa. Después de un poco de reposo, dando a todos un fraterno *adiós*, el 17 de octubre nuestra caravana si dirigió a *Jorigui-Paru*, otra aldea indígena que tiene muchas relaciones con los habitantes del Matto interior. Aquí abundan también individuos que tienen la conciencia muy negra y su presencia no nos inspiraba mucha confianza.

No obstante, aparentemente nos recibieron muy bien; y nosotros, acabado el ordinario interrogatorio y habiéndoles distribuído los regalos, continuamos nuestra marcha. Ni un día pasó sin sus correspondientes aventuras, pero como no fueron de grande importancia, las paso por alto.

La inmensa zona, de la cual recorrimos 45 Km. por día, comenzaba averse más poblada. Según avanzábamos, íbamos encontrando las *fazendas*, en las cuales nos daban cordial hospitalidad, y en todas ellas menudeaban las ocasiones de ejercer el sagrado ministerio. Estos buenos campesinos tienen la hermosa costumbre de poner a la puerta de sus casa una cruz; así que, hasta en la cubre de los montes más altos se ve la señal de nuestra redención. ¡Qué alegría se siente al encontrar por todas partes el símbolo angusto de nuestra fe! No puedo callar otros pormenores que evidencian el sentimiento religioso de aquella gente.

Encontramos una persona que, habiendo recibido una gracia señalada de María Auxiliadora, llevaba al cuello una medalla de laVirgen de D. Bosco, que había recibido 13 años antes de manos de Sor Rosa en la colonia *Teresa Cristina*. Cada familia tiene un pequeño oratorio, en el cual se reunen de cuando en cuando para orar. ¡Qué espectaculo tan edificante!

En *Trionphe* hay un propietario que se llama *Quico Ferreira*, el cual tiene en su casa ordinariamente 25 Bororos, que le prestan grandes servicios trabajando desde el alba al ocaso..... Al pie de la cordillera vimos también 64 Bororos ocupados por un propietario en las faenas agrícolas. Teníamos pensado visitar un lugar donde habita una ramificación de esta misma tribu, la cual, habiendo roto toda relación con ésta, vive esparcida por las llanuras de la cuenca del *Tarigará;* pero la estación lluviosa que se nos venía encima, podía hacernos prisioneros en los pantanos o en las mesetas que quedan rodeadas de aguas periódicas, y no hemos querido comprometernos.

Procuramos apesurar el paso, visitando solamente *Caeté* y la *Abolition;* saludando de camino a nuestros queridos hermanos de Palmeiras, nos encaminamos a *Cuyabá;* y el 25 de noviembre tuvimos la dicha de abrazar a nuestros hermananos de *S. Gonçalo*.

Nuestra primera acción fué entrar en la capilla, consagrada a María Auxiliadora, y darle gracias sinceramente por la singular protección que nos había dispensado en el largo y peligroso viaje de 70 días en medio de las florestas, expuestos a la intemperie, durmiendo en la tierra desnuda y al aire libre y comiendo de cualquier manera. A pesar de tantas privaciones, nos sentíamos contentos de haber padecido algo por N. S. Jesucristo.

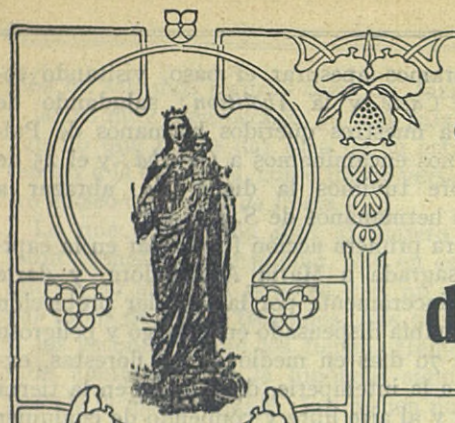
Recorrimos 265 leguas brasileñas que hacen unos 1749 km.; visitamos 13 aldeas y en ellas 115 casas y chozas; hicimos el padrón de 363 vecinos, 46 de los cuales son capitanes (o jefes), 7 *baires* (fetiches de la tribu); 377 mujeres y 281 niños; que dan un total de 1074 habitantes. En este número están comprendidos sólo los indígenas. Bendi imos también 11 matrimonios y administramos los sacramentos de la penitencia y eucaristía a un buen número de personas Se regeneraron también en las aguas del santo bautismo más de ciento, entre niños y adultos, y recibieron la confirmación unos cuarenta. Finalmente, tuvimos ocasión de sembrar la semilla evangélica donde hacíamos una parada; y creo que ha caído en buen terreno y que producirá a su tiempo copioso fruto. Pongo punto final a esta relación, amadísimo Padre, pidiéndole perdón de haber abusado de su benevolencia y de haberle robado un tiempo, precioso para sus graves ocupaciones; termino, pues, encomendando, en nombre de nuestro Inspector, P. Malán, toda la tribu de los Bororos a sus oraciones y a las de nuestros cooperadores.

Antes de soltar la pluma, le mando el saludo cordialísimo de nuestros compañeros de viaje, que desean mucho verle y se encomiendan también juntamente con nosotros a sus oraciones, a fin de que no nos hagamos indignos instrumentos de la divina misericordia.

Acepte, reverendísimo Padre, los sentimientos de nuestro filial afecto; y bendiga de un modo especial a su humildísimo y afmo. hijo

in Corde Jesu

JUAN B. COUTURON,
Misionero Salesiano.



EL CULTO
de María Auxiliadora

Nós tenemos la persuasión de que, en las vicisitudes dolorosas de los tiempos que atravesamos, no nos quedan más consuelos que los del Cielo, y entre estos, la poderosa protección de la Virgen bendita, que fué en todo tiempo el Auxilio de los Cristianos.

PIO X.

GRACIAS DE MARIA AUXILIADORA.

Sevilla. — El niño Manuel Pereira, mi primo, se hallaba enfermo de un catarro intestinal y se había iniciado ya la meningitis, pero en estado tan grave, que el médico que lo asistía, creyó indispensable una consulta.

Se avisó para esto al Doctor Murga; reunidos él y D. Manuel Vázquez, unánimemente dijeron que para el niño no había remedio.

Inmediatamente acudí a María Auxiliadora y aquella misma noche se inició la mejoría contra el dictamen de los médicos, la cual mejoría continuó hasta que el enfermito obtuvo su completa curación y hoy se encuentra sano y robusto. Agradecida por tan señalado favor, mando decir una misa a María Auxiliadora en acción de gracias.

Junio de 1912.

ELENA PEREIRA.

Mataró (España). — Hallábame en meses mayores, cuando por indicación del médico se celebró consulta acerca de mi estado; y aunque se me disimuló la gravedad y el peligro inminente, no dejé de comprender que sin la protección divina hubieran resultado insuficientes los esfuerzos de la ciencia humana. En mis largas horas de tristeza acudió a mi mente el recuerdo de los prodigios realizados por la protección de María Auxiliadora; y desde aquel momento esta idea fue la única luz que brilló en la continua noche de mi espíritu abatido. Impulsada por esta esperanza, aprovechando una hora en que mi estado me permitió salir de casa, sin darme cuenta de la imprudencia que cometía, fuí al colegio de los PP. Salesianos, sola y sin que nadie lo supiera, a rogar a dichos PP. que hicieran una novena con los niños a María Auxiliadora; yo también por mi parte empecé la novena aquel mismo día con la creencia de que la Virgen Sma. sería verdaderamente mi Auxiliadora.

Aunque ignoré siempre el propósito de los médicos, fué precisa la operación quirúrgica para salvar cuando menos el sér que llevaba en mis entrañas, toda vez que no había casi salvación para mí, según supe más tarde. Momentos antes de la operación, el especialista, dirigiéndose a una persona muy allegada mía, le dijo: «Encomiéndeme V. a Dios» con lo cual dejó entrever un triste desenlace.

El resultado fué tan feliz como inesperado; un precioso niño lloró fuertemente, llevando la alegría al ánimo de los presentes; y gracias sean dadas a María Auxiliadora, yo de día en día fuí mejorando notablemente, de manera que en la festividad de Ntra. Sra. de las Mercedes pude ser llevada a mi casa sin sufrir la menor molestia.

Hoy mi hijo Ramón cumple dos años y, lo mismo que yo, está bueno y sano. Para celebrar esta gracia singular y continuada, y para mayor gloria de Dios y de María Auxiliadora que, tan sin méritos míos, ha querido ostentar su poderosa protección, lo hago público en este *Boletín salesiano*, a fin de que aumente la devoción y culto a María, que quiere ser llamada y es Auxilio de los cristianos.

Agosto de 1912.

F. H. de P.

Sarriá-Barcelona. — Habiendo sido invitados por un celoso Párroco a participar de una de las mejores y más hermosas procesiones de la ciudad condal, fuimos muy gustosos una representación de estas Escuelas de Sarriá, llevando la bella bandera del Patrón de los obreros S. José.

No habíamos aún llegado a la mitad de nuestro trayecto, cuando un inesperado incidente turbó nuestro recogimiento, causando un temor general en todos los allí presentes.

Un guardia del cuerpo del seguridad revolcábase en el suelo, dando fuertes puñetazos por un lado y por otro, y mordiéndose los dedos víctima de un ataque. Al instante me separo de mis compañeros, dejando el blandón para auxiliar al paciente. En mi auxilio vinieron más tarde un cabo de la Guardia Civil, un teniente de Infan-

teria, un oficial de Seguridad dos, o tres guardias del mismo cuerpo y un señorito.

Con gran esfuerzo logramos poderle quitar, por lo que hubiera podido suceder, el revólver y el sable. De cuando en cuando el enfermo parecía reanimarse, pero a los pocos instantes volvía de nuevo a sus revolcones y a dar profundos y dolorosos gemidos; así estuvimos por espacio de unas dos horas y había instantes e que parecía que iba a expirar. En estos críticos momentos quise valerme de la intercesión de la que es verdadero Auxilio de los cristianos; y como traía conmigo algunas estampas de esta celestial Madre, le puse una encima de su pecho. ¡Oh maravilla! Al instante pide el enfermo agua; da señales de que entiende, pero no puede hablar; me coge de la mano y me la acaricia. Después de un cuarto de hora, empieza a hablarme y más tarde se pone conmigo a andar. Le parece que me conoce y no se quiere separar de mi lado; se eonríe y dice que ya tiene fuerzas para andar, y efectivamente era verdad. Empezamos a caminar, teniendo una larga conversación sobre el prodigio que María Auxiliadora había obrado en él, y me comunica que ya la conocía, que era la Virgen de D. Bosco, y que apenas pudiese vendría a visitarla y a darle las más rendidas gracias al Santuario de Sarriá.

Octubre de 1912.

José M. S. Lleonart.

Sevilla. — Doña Carmen Galiani fué atacada de pulmonía doble con la grave circunstancia de estar para dar a luz.

Según los médicos D. Juan Lermo y D. Luis Elena, reunidos en consulta, moriría irremisiblemente, si llegaba la hora del parto en tan angustiosa situación.

Perdidas por completo las esperanzas, aconsejé que encomendasen la enferma a María Auxiliadora.

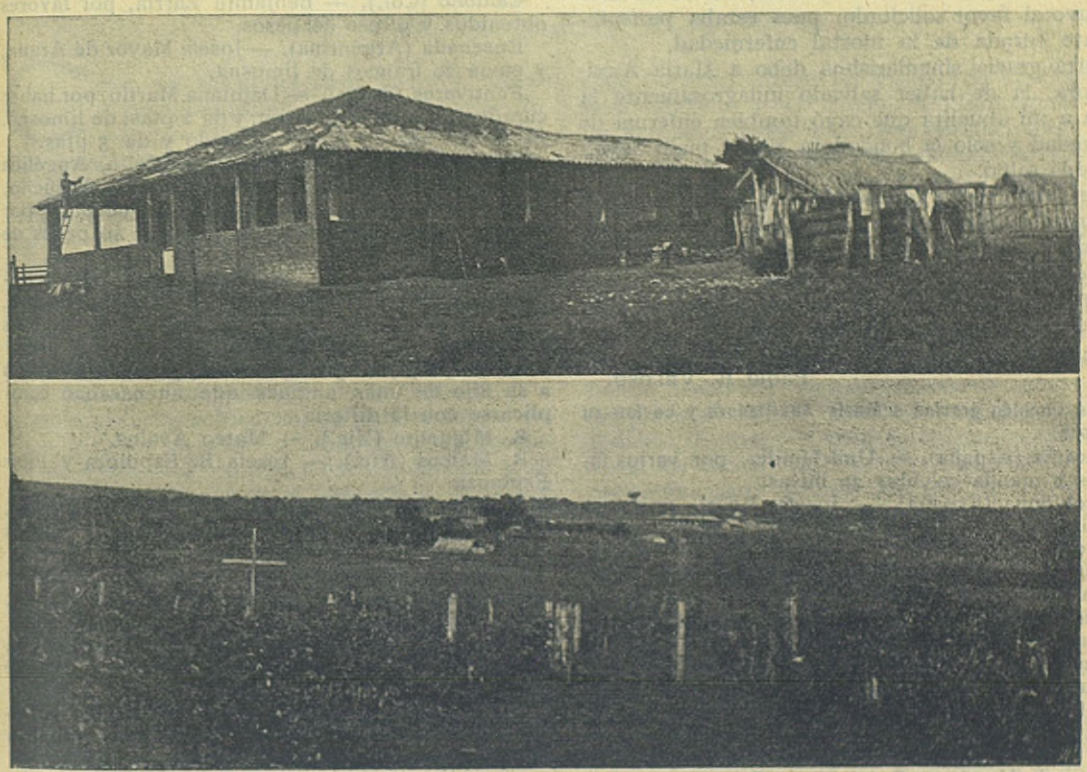
Procuré hacer lo posible para animar a aquella angustiada familia, y yo comencé con las niñas de mi colegio una novena a la Sma. Virgen. En cuanto se comenzó ésta, se inició inmediatamente una notable mejoría; y al tercer día la enferma dió a luz felizmente, con gran asombro de los médicos, quienes no sabían darse cuenta de cómo se había verificado tal curación.

Pasados unos días, la enferma estaba completamente sana y fuimos a encargar una misa para María Auxiliadora en acción de gracias, la que oímos la enferma, una servidora y otras personas.

¡Bendita sea nuestra celestial Madre que tanto nos ama!

Junio de 1912.

Rosario Ortega.
Maestra de niñas.



MATTO GROSSO (Brasil). — Colonia de S. José en el Sangradouro.
Residencia de los misioneros. — Casas de los indios.

Ibagué (Colombia). — Era el 14 de agosto del año 1910. Encontrábase mi madre en el lecho del dolor, víctima de una enfermedad mortal. Los

médicos ya no daban la menor esperanza de reposición, cuando finalmente uno de ellos, acudió al último medio de la ciencia: dióle a mi madre un narcótico, con el fin de cortarle la enfermedad; pero en vano. Eran las tres de la tarde y mi madre ya había perdido el uso de los sentidos, y estaba para exhalar el último suspiro. En tal trance me postro de rodillas e invoco a la Virgen de D. Bosco. Esta Madre de bondad y misericordia oyó mis súplicas, pues al cabo de una hora mi madre volvió en sí; reconoció el milagro de la Virgen Auxiliadora y le pidió la concediera la gracia de visitar su templo, que dista un largo trecho de casa. Gracias a la Reina del cielo, a los ocho días obtuvo el favor solicitado, pues estaba perfectamente curada de la mortal enfermedad.

Otra gracia singularísima debo a María Auxiliadora, la de haber salvado milagrosamente la vida a mi abuelita que cayó también enferma de gravedad y sólo la bondadosa Madre pudo devolverle la salud.

Profundamente agradecido a la Madre de Dios, prometí publicar estas gracias en el *Boletín Salesiano* y dar na limosna para la construcción de su templo; u hoy lleno de alegría cumplo gustoso mi promesa a fin de que María Auxiliadora continúe dispensándonos su protección.

Septiembre de 1912.

Pablo E. Veloso.

Dan también gracias a María Auxiliadora y envían su limosna:

Alcañiz (España). — Una familia, por varios favores y manda celebrar 20 misas.

Archidona (España). — Josefa Rosal, por una gracia muy señalada y envía 25 pts. de limosna.

Atenas (Costa Rica). — Josefina de Olivares, por haberle curado a su hijo Jorge, desahuciado ya por los médicos, y envía una limosna.

Barcelona. — M. M. N., por un favor y manda celebrar una misa en acción de gracias.

Barcelona. — Manuel Felipe y Elvira Pérez, por un favor muy importante, y envían su limosna. — *Id.:* Unas devotas, por un beneficio especial.

Baeza (Esp.). — Andrés Linares, por haberlo curado instantáneamente de una enfermedad pertinaz.

Boconó (Ven.). — Petra María Briceño, por haberla sanado de una terrible enfermedad, y envía una limosna.

Cantillana (Esp.). — Pastora Rubio, por haberla librado de unas calenturas infecciosas que alcanzaban los 41° y décimas, y envía 25 ptas. de limosna.

Concepción (Paraguay). — Candelaria Cabañas, por un favor singular que considera verdero milagro.

Cerrito (Col.). — Nicomedes Tenorio y Débora de Toescón, por favores obtenidos.

Calceta (Ecua.). — Rosa Carmen Zambrano de Vera, por haber salvado a sus cuatro hijos de un gran peligro.

Castillo Albaráñez (Cuenca). — Sinforosa Montalvo, por haber devuelto la salud a su hija Petra y envía 2 ptas. de limosna.

Chalchuapa (El Salv.). — Una hija de María Auxiliadora, por haber librado a una hermana de una angina peligrosa.

Cali (Col.). — Anunciación S. de Arce, por haberla curado de una enfermedad crónica y se hace cooperadora. — *Id.:* Soledad Cárdenas, por haberle salvado milagrosamente la vida en un parto difícil. — *Id.:* Anunciación S. de Arce, por favores obtenidos y ofrece 25 pesos.

Canuto (Ecuador). — José J. Marcillo, por haberle librado de una pertinaz enfermedad que le venia molestando desde hacía 16 años, y manda una limosna. — *Id.:* Narcisa Vera, por haber curado milagrosamente una herida a un joven que se había herido con un puñal al caer de una azotea, y manda una limosna. — *Id.:* F. V. Vda de P., por haberle devuelto sano y salvo a un hijo después de muchas peripecias y peligros pasades en el servicio militar.

Córdoba (Argentina). — Lola de Moyano, por una gracia recibida.

Cartagena (Col.). — Francisco Pacheco, por un favor recibido y remite un dollar de limosna.

Caldono (Col.). — Benjamín Zarria, por favores obtenidos y ofrece 30 pesos.

Ensenada (Argentina). — Josefa Mayoz de Arana, y envía 20 francos de limosna.

Fontiveros (Avila). — Damiana Martín, por haber curado a su nieta Visitación, y da 2 ptas. de limosna. — A. B., por un favor obtenido y da 5 ptas.

Granada (Nic.). — Josefa de Argüello, Angélica de Jacoby, José F. Lugo y Carlota v. de Argüello.

Guasdualito (Ven.). — Amando Quevedo, por muchos y singulares favores, y envía 40 pesos de limosna.

Guayaquil (Ec.). — H. Portés, por haber devuelto la vida a su hermano que ya creían muerto.

La Coruña (Esp.). — E. U., por varios favores y envía 25 ptas. de limosna.

Sarriá (Esp.). — José Martínez, por haber librado a su hijo de unas anginas que anenazaban complicarse con la difteria.

S. Miguelito (Nic.). — Mateo Avalos.

S. Marcos (Nic.). — Josefa B. Espinoza y Pilar Espinoza.

S. Pablo de Ordal (Esp.). — Teresa Massana, por haberla librado de un grave apuro, y manda una limosna.

S. Marcos (Nic.). — Pilar M. de Espinoza, por haber librado a su hijo de un gravísimo peligro, y por otros favores.

Soledad (Col.). — Laura González, por haberla salvado de una muerte segura, y da 200 pesos de limosna.

Las Palmas (Gran Canaria). — Teodomira Martínez, por haberle arreglado un asunto difícil, y manda 7 ptas. de limosna.

S. Bartolomé de Lanzarote (Canarias). — Un devoto, por haber conseguido la salud milagrosamente, y envía 5 ptas. de limosna.

Tonacatepeque (El Salvador). — Joaquín Cortés, por haberle librado de una sentencia inicua, que de efectuarse, lo hubiera arruinado. — *Id.:* Estefania Escobar, por haber librado milagrosamente a su hijo Luis de una fiebre fulminante, y envía una limosna.

Uriego (Cuenca). — Una devota, por favores obtenidos.

Villamanrique Esp.). — Francisca Díaz, por haber curado a su mietecita en un trance desesperado.

Yamundi (Col.). — Dolores Sardi, por varios favores obtenidos y envía cien pesos de limosna.

Yamundi (Col.). — Felisa Coucedo, por favores obtenidos y ofrece 50 pesos.

Yaritagua (Ven.). — María E. Gutiérrez, por una curación y manda 10 ptas. de limosna.

Zarza de Tajo (Cuenca). — Regina Aragón, por un favor.

Zurgena (Esp.). — Josefa Egea, por un favor y manda una peseta de limosna.

POR EL MUNDO SALESIANO

El sucesor de D. Bosco en España.

Como ya saben nuestros lectores, nuestro queridísimo Superior General, D. Pablo Albera, ha comenzado su visita a las casas de España, donde le esperaban con ansia, acompañándole en su viaje el Rmo. S. D. Clemente Bretto, Ecónomo General de nuestra Pía Sociedad. No es la primera vez que D. Pablo Albera pisa tierra española; pero será la primera visita oficial. Los salesianos de España han procurado prepararle un recibimiento que sea expresión del singular cariño y veneración que le profesan. La primera casa que tuvo la dicha de hospedarle fué la de Mataró. Los periódicos de la ciudad le han dirigido entusiasta bienvenida, publicando su retrato y datos biográficos. La información que debemos a nuestros cooperadores de España, para quienes D. P. Albera es el sucesor de D. Bosco en el sentido más amplio de la palabra, nos resultará un trabajo no sólo agrable sino también fácil, pues la prensa católica de las ciudades por donde pasa, va concentrando en él las simpatías y merecimientos de la obra salesiana: lo difícil será escoger.

El 8 de enero por la mañana llegó a Mataró. El Sr. Inspector, P. Manfredini, con los otros Superiores que salieron a recibirle le demostraron su cariño filial colmándolo de atenciones; los niños no cabían en sí de gozo.

« El Colegio Salesiano de nuestra ciudad, dice el *Diario de Mataró*, está de enhorabuena. Esta mañana con grandes muestras de cariño y entusiasmo que el talento y la bondad despiertan siempre en los corazones juveniles, era recibido el Superior General de la Congregación Salesiana, el Rmo. P. Pablo Albera.

La casa artísticamente engalanada... los niños formados en correctas filas, bullendo de entusiasmo y lanzando al aire alegres vítores y marciales cantos... el alborozo dibujado en el rostro de todos... una sentida bienvenida dirigida por un colegial al Superior General... fueron las notas recogidas en el recibimiento que esta mañana se le tributó.

A las dos de la tarde llegó la banda de Sarriá para amenizar las fiestas con que se quería celebrar la visita. El Sr. Director, P. Calasanz, y los demás hermanos, sobre todo el P. Massana, no omitieron por su parte nada, para que el acto resultara una demostración de afecto al amadísimo Superior. Entre las visitas de distinguidas personalidades y el cambio de impresiones con los hermanos y sus niños, que gozaban sobre manera con la presencia del amado Superior, se pasó el resto del día, dejando para el siguiente la demostración oficial, que había de ser una brillantísima velada, a la cual acudieron las autoridades civiles y eclesiásticas para presentar sus obsequios al Sucesor de D. Bosco. El día siguiente, 9, después de la comida se notaba ya una animación extraordinaria. A las tres y media numerosos grupos de la flor y nata de la ciudad y familias de los educandos fueron llenando el espacioso salón de actos que a los pocos momentos ofrecía animadísimo aspecto. Delante de todos y verdaderamente apiñados se veían los ciento veinte y más colegiales que ocupaban una parte mínima del salón, y todo el resto quedó a disposición de los concurrentes a la fiesta; al poco rato ya el salón, completamente lleno, era incapaz de contener la numerosa concurrencia que, a pesar de ser día laborable, fué a tributar un homenaje de veneración y cariño al digno sucesor del Venerable D. Bosco. La banda estacionóse en el patio contiguo al salón de actos desde donde ejecutó su escogido repertorio.

En medio de una entusiasta salva de aplausos y a los acordes de un airoso paso-doble, pasó a ocupar la presidencia el Rmo. P. Albera y al erguirse su simpática figura en el estrado preparado, una viva emoción conmovió todo el público, dominado por los efluvios de santidad que dimanan de aquel semblante siempre sonriente, de aquel exterior humilde, pero que atrae y fascina los corazones. A sus lados tomaron asiento los muy ilustres señores Arcipreste y Alcalde de esta ciudad, el Rdo. P. Clemente Bretto, Ecónomo General de la Congregación Salesiana que acompaña al P. Albera durante el viaje que hará por todas las casas salesianas de España, el M. I. Sr. Juez, el Rdo. Cura-párroco de San Juan y San José, el Rmo. Sr. Inspector de las Casas Salesianas, P. Manfredini, varios Padres Escolapios, reverendo Sr. Director de Valldemía, D. Angel Fábregas, D. Pabro Sust, D. Manuel Cuyás, D. Mariano Bordas, exdiputado a Cortes, D. Jerónimo Bordas, señores March y Cabañes, Rdo. Pedro Barbena, señor Brunet y muchas otras personalidades que sentimos no recordar.

Empezó la velada con una hermosa *Obertura* magistralmente ejecutada por la banda de las Escuelas Salesianas de Sarriá y en seguida el Rdo. Sr. Director del Colegio, P. Calasanz, pasó a dar la bienvenida al P. Albera. Dominado de grande entusiasmo al contemplar el hermoso aspecto del salón, completamente lleno, tuvo palabras de encomio para la ciudad de Mataró que tan bien sabía obsequiar al Superior General de los Salesionos, que arrancaron del público entusiastas aplausos. Después manifestó cuán justificado era aquel entusiasmo, pues se trataba de un hombre eminentemente grande y que tenía a mucha honra fuera la casa de Mataró la primera que visitaba el digno y santo sucesor del Venerable D. Bosco. Una estrepitosa salva de aplausos coronó sus últimas palabras. En seguida, cuatro niños declamaron un hermoso dialoguito, saludando en nombre de sus compañeros al Superior General; llamaron mucho la atención por la naturalidad y desenvoltura de su declamación; y acabaron con un viva entusiasta al P. Albera que contestaron todos sus compañeros con toda la fuerza de sus pulmones y en medio de fragorosos aplausos. Acto seguido, la banda ejecutó la sinfonia *Su i nostri monti*, de De Giovanni, con su peculiar gusto. Terminada la pieza, una salva de aplausos saludó al ex-diputado a Cortes por Berga D. Mariano Bordas, que empezó su discurso considerándose como muy dichoso de poder tomar parte en aquella gran manifestación de afecto al sucesor de D. Bosco, diciendo que bien reconocía que, a pesar de lo espléndido del acto, eran nada aquellas exterioridades en comparación de los afectos que dominaban todos los corazones. En elocuentísimo párrafo describió la conmovedora escena del Calvario, hasta que la lanza de un soldado abrió el Divino Corazón de Jesús, que derramó las últimas gotas de su sangre para la redención del humano linaje, se paró en la sed de almas que manifestó Jesús en la Cruz, en la donación que nos hizo de su Madre como Madre nuestra, para mostrar luego como de la herida del costado de Cristo han brotado según las necesidades de los tiempos las Ordenes religiosas, y que a fines del siglo XIX y al alborear el siglo XX ha aparecido providencialmente la Congregación Salesiana, cuyo fundador D. Bosco tiene admirables rasgos de semejanza con el Crucificado, pues también la sed de almas le consumía, también dió a sus niños como madre a su propia madre, también sufrió contrariedades y persecuciones para llevar a cabo y propagar su grande obra. Ensalzó después la educación salesiana como eminentemente católica y por tanto muy útil al individuo, a la familia y a la patria; a la patria sí, aunque parezca que no existe relación entre el Colegio y la patria, pues así como en Italia no hacen ni enseñan los salesianos ninguna clase de política, pero llegado el caso hubieran los jóvenes educados en sus colegios, llevados por sus hondas convicciones católicas, presentado sus pechos en la brecha de la Puerta Pía cuando la revolución arrebató al Papa sus estados, también en España los salesianos no tienen ni enseñan ninguna clase de política, pero fruto de su educación prácticamente católica, si un día la fiera revolucionaria quisiera destruir las iglesias, y abatir los altares, no serían los ex-alumnos de las casas salesianas los últimos en combatir la revolución y apoyar la santa causa de la Iglesia Católica. Y si bien es verdad que estos resultados no los obtiene a veces momentáneamente la educación, hay que tener en cuenta que no en vano es comparada la juventud a las flores, las cuales hasta que han reunido los grados de calórico necesarios, transcurrida la primavera y gran parte del verano, entonces dan los frutos apetecidos. Añadió que para él como para todos los padres allí presentes cuyos sentimientos interpretaba, era su más ardiente deseo que la bendición del Rmo. P. Albera cayera sobre sus hijos como prenda de prosperidad. Su elocuente discurso fué coronado con una nutrida salva de aplausos.

En seguida la *Schola cantorum* del Colegio ejecutó una hermosa composición catalana « A la Verge de Montserrat » del laureado maestro y compositor F. Brunet, que fué muy aplaudida. Después, en nombre de los ex-alumnos, el joven F. Brunet dirigió al Rdo. P. Albera un afectuoso saludo, rogándole se acordara en sus valiosas oraciones de todos sus compañeros, presentes, sino corporalmente por las circunstancias, al menos en espíritu. Después de una serenata romántica « Hermance » ejecutada por la banda, se puso en escena el hermoso cuadro dramático « El llanto de un Angel » del salesiano B. Vidal, que fué muy aplaudido. Representa una lucha entre el *genio del mal* y el *ángel de los pueblos salvajes* para disputarse su dominio, hasta que aparece el *genio de las misiones* mostrando a D. Bosco como salvador de aquellas razas, y al aparecer su nombre bendito se hunde el *genio del mal* y aparece en una hermosa aureola la figura de D. Bosco rodeada de ángeles y de luz. Produjo una gratísima impresión al final de este hermoso cuadro el himno, cantado por todos los colegiales al P. Albera, del maestro de música de este Colegio P. Juan Leschnik. Concluido el himno, levantóse el P. Albera, que fué ovacionado, y en medio de un religioso silencio mezclado de veneración, escuchó el auditorio su afectuosa palabra. Dió las gracias a cuantos habían contribuído a la esplendidez de aquella fiesta; a las dignas autoridades eclesiásticas y civiles de la localidad, al Rdo. Clero que en tan gran número había acudido al acto, a las representaciones y a todos los amigos de la Obra salesiana; hizo ver como si los salesianos hacen tanto bien en el mundo, lo deben a la eficaz cooperación de tantas almas buenas que por ellos se interessan, y concluyó prometiendo acordarse de todos al llegar a Turín, junto a la tumba del venerable D. Bosco, y encomendándose a las oraciones de todos.

Una salva de aplausos, manifestación espontánea del afecto, acogió sus palabras; y mientras la banda tocaba un hermoso pasodoble del salesiano I. Villani, se desarrolló una escena conmovedora pues todos los concurrentes, visiblemente conmovidos, iban a porfía a besar la mano al P. Albera, a oir una palabra de sus labios, a presentarle sus hijos, y para todos tenía una palabra de afecto y agradecimiento.

Al salir del salón de actos una nueva sorpresa nos esperaba; era la iluminación del patio que con

centenares de luces ofrecía hermosísimo aspecto. Mientras desfilaba la numerosa concurrencia, la banda ejecutó hermosas piezas; al regresar a la estación volvió a pasar por la ciudad y tocó delante de las Casas Consistoriales.

Por último, se concluyó la fiesta con la bendición con S. D. M. y el canto de un himno de gracias al Señor por el triunfo de su fiel siervo. »

Después de la velada, nuestro Rector Mayor recibió varias visitas, dedicando el resto del día a las afectuosas expansiones de la vida doméstica con sus amados hijos los salesianos.

El día 10 en retorno de las atenciones de que le hicieron objeto las autoridades, visitó las Casas Consistoriales, donde fué recibido por el Sr. Alcalde, D. Emilio Arañó, y muchos señores tenientes y concejales. Le mostraron con exquisita cortesía las dependencias y Archivo de la casa Ayuntamiento, quedando D. P. Albera altamente complacido de la simpatía que estos señores profesan a la Obra salesiana. Nuestro Superior firmó en el álbum que el Ayuntamiento tiene al efecto para las notabilidades que lo visitan, escribiendo poco más o menos lo siguiente: « Parto de Mataró, llevando una impresión agradable de esta hermosa ciudad, que se halla provista de todo moderno progreso; agradecido por las atenciones de sus dignísimas autoridades y haciendo votos para que siempre conserven sus ciudadanos sus gloriosas tradiciones religiosas y civiles. »

El Sr. Alcade agasajó a D. P. Albera con un lujoso ejemplar de la obra « Iluro » (Historia de Mataró) del malogrado historiador D. José M. Pellicer, y acompañado por todos los concejales, bajó hasta la misma puerta para despedirle.

Los PP. Escolapios recibieron a nuestro Superior con mucha simpatía, presentándole sus *seiscientos* y más niños, a los cuales animó a permanecer fieles a la instrución esmerada que reciben de la Orden Calasancia. Los Hermanos Maristas lo recibieron también con sus numerosos colegiales. El Hermano Director hizo la presentación, lamentando que la premura del tiempo no le permitiera agasajarle con un acto literario y rogándole les permitiera besar su mano al ir a la capilla donde esperaban oir su palabra, a lo cual accedió D. P. Albera dirigiéndoles una hermosa plática. A la salida los niños le vitorearon de nuevo y el Hermano Director pidió con mucha delicadeza a nuestro Superior que concediera e los niños media hora de recreo, interrumpiendo agradablemente las clases.

También el Sr. Arcipreste, el Sr. Cura-párroco de S. Juan y S. José pudieron alcanzar una visita del Sucesor de D. Bosco. En Barcelona ya los cooperadores y salesianos le esperaban, y por eso hubo de pensar en dejar a sus queridos hijos de Mataró y tomar el tren para la ciudad condal. A las tres de la tarde del 11 el andén de la estación estaba lleno de salesianos, cooperadores y exalumnos que habían ido a despedirle. Estos le aclamaron, y en medio de los vítores y aclamaciones arrancó el tren para Barcelona.

(*Continuará*).

NOTICIAS VARIAS.

SANTANDER. — Harto conocen ya nuestros lectores el batallón « *Auxilium* » de nuestro colegio; pero no creemos que habrá de cansarles el relato de una expedición en que ellos, los salesianos, D. Bosco y su obra se han ganado la simpatía de muchos corazones que no los conocían. Hélo aquí tal como lo refriere un diario local.

El hermoso y pintoresco valle de Villaescusa interrumpió el domingo último su vida de paz y sosiego para entregarse a la más animada expansión e inusitada alegría.

Se celebraba la inauguración de una cooperativa que mejora la situación económica de los laboriosos y honrados moradores de aquellos poblados.

Invitados por el celoso cura párroco de la Concha, don Valeriano Benito, alma de todo el movimiento católico-social que allí se está desarrollando con tan halagüeños resultados, los soldaditos del batallón « *Auxilium* » cuya dirección está a cargo de los Padres Salesianos de esta ciudad, se encaminaron con la marcialidad que los distingue a la estación de Bilbao a las ocho de la mañana.

Los acompañaban algunos de sus padres y varias distinguidas personalidades de la localidad, entre ellos don José María Gutiérrez Calderón.

A las ocho y media en punto partió el tren de Ontaneda al son alegre de una marcha militar ejecutada por la banda de cornetas y tambores.

En todas las estaciones del trayecto los mismos marciales ecos denunciaban al vecindario el paso de la alegre e infantil comitiva.

En Liaño se apearon los pequeños soldados, que en seguida se vieron rodeados de apiñada multitud ávida de presenciar el desfile. Tras breve descanso y necesario rato de solaz, se dirigieron al vecino pueblo de La Concha, que lucía vistosas colgaduras. Los cohetes anunciaron la llegada del « *Auxilium* », y un gentío inmenso formado por los habitantes de Guarnizo, Villanueva y pueblos cercanos, le dispensó entusiasta recibimiento.

Allí los aguardaban el cura-párroco don Valeriano Benito, don Marcial Solana, el alcalde y varios concejales con el médico señor Bustillo.

Poco después la iglesia de aquel pueblo era incapaz de contener el numeroso concurso que allí se había congregado y que oía devotamente la misa solemne cantada por la capilla salesiana. Los soldaditos ocupaban el centro y la escuadra de díminutos gastadores escoltaba el altar. Una sentida plegaria cantada por un centenar de voces infantiles dió fin al religioso acto. Al salir del templo y tras brevísimos ejercicios militares, se procedió al alojamiento de las tropas, que fueron distribuidas por compañías entre los pueblos de Liaño, Villanueva y la Concha, y hospedados y colmados de agasajos en las casas de los socios del Centro. Como todos a porfía se disputaban el honor de tener soldados en sus casas, la distribución resultó un tanto difícil;

aunque se trataba de un batallón, excedían en mucho los preparativos de alojamiento al número de alojados.

Es imposible dar detalles de las abundantes comidas y de los delicados obsequios por parte de aquellos buenos vecinos.

A pesar de todo, al toque de llamada formaron en correctísimas filas y se dirigieron al campo de operaciones precedidos, acompañados y seguidos de un número extraordinario de espectadores.

En un inmenso prado, puesto a su disposición para este objeto, hicieron los niños diversas evoluciones, guerrillas y ataques que llenaron de satisfacción a la numerosa concurrencia. Poquísimas veces se habrá visto en aquel valle espectáculo tan brillante y atractivo.

A instancias de los vecinos se vieron precisados los niños a dar la vuelta por Villanueva para trasladarse al Centro Católico. Una vez allí, cansados y roncos, pero llenos de entusiasmo entonaron el Himno del Batallón, que terminó con clamorosos vivas y nutridos aplausos al Centro, al párroco de la Concha, a los protectores del « *Auxilium* », a los moradores de Villaescusa, a los Padres Salesianos y a los simpáticos soldaditos.

CIUDADELA (Menorca). — La pujante Asociación de los ex-alumnos ciudadelanos que han dado ya tantas pruebas de actividad y entusiasmo, con motivo de una hoja que circuló por Ciudadela patrocinando las escuelas laicas, por medio de la Junta, entrando, como ellos dicen, de lleno en las luchas de la vida, han impreso otra hoja, en la cual se echa de ver el espíritu vigoroso y sobre todo la actividad de la Asociación ante las cuestiones sociales que atañen a los grandes intereses de la religión y de la patria. La hoja, firmada por la directiva de la Asociación, ha circulado por los hogares católicos e indiferentes, llevando a ellos una voz alentadora, joven, una voz de alerta que no sólo es protesta enérgica, sino también prueba palpable de la educación recibida. He aquí algunos párrafos finales.

« Nosotros, directores de una Asociación para cuyos numerosísimos miembros constituye el más legítimo orgullo el haber sido educados en los salvadores principios del Catolicismo y sanas máximas de la moral cristiana, haciéndonos muy gustosos intérpretes de su unánime sentir, protestamos, noblemente indignados, del grosero ultraje que se nos ha querido inferir al querérsenos presentar, por el mero hecho de ser educados religiosamente, como capaces de las más degradantes bajezas e infamantes acciones.

Entrados ya de lleno en las luchas por la vida y teniéndo diariamente ocasión de poder apreciar en todo su valor los benéficos efectos de la educación recibida, no podemos menos de sublevarnos ante la idea de que se quiera privar a nuestros niños de aquellas enseñanzas que han de constituir para la Sociedad, de la que serán algun día miembros activos, firme garantía de que procurarán emplear sus energías en favor de su bienestar y adelanto, nunca para su ruina.

Amantes como el que más del verdadero progreso moral de nuestra ciudad, levantamos muy alta nuestra voz de protesta contra el baldón de que se la quiere hacer víctima, de anidar una escuela, la práctica de cuyas enseñanzas nos conduciría de degradación en degradación a todos los excesos y vergüenzas del estado salvaje.

Celosísimos del buen nombre de nuestra querida Ciudadela, no queremos que algún día pueda señalarla la Historia con ignominiosa celebridad como patria de un Morral y de un Pardinas. La Junta Directiva de los Antiguos Alumnos Salesianos. »

Por su parte « Nuestro Auxilio » órgano de la Asociación, ha emprendido una campaña ardorosa contra las escuelas sin Dios, y su lectura servirá para abrir los ojos a muchos incautos que creen de buena fe que esas escuelas no pueden producir gran mal. ¡Que Dios bendiga los trabajos de estos valientes ex-alumnos!

BARCELONA. — De la *Gaceta de Cataluña*, diario católico de Barcelona tomamos lo siguiente, que publicamos gustosos para agradecer a dicho periódico el interés que se toma por la obra salesiana.

« En el numeroso y abandonado barrio de Hostafranchs, en las calles de Floridablanca y Rocafort, se ve un edificio medio restaurado de los grandes quebrantos que sufrió en la semana sangrienta de 1909. Era un gran centro obrero y escolar. Más de 500 hijos del pueblo obrero recibían allí educación gratuita. El *Centro Obrero* era numerosísimo, sus socios hallaban allí diversión honesta, instrucción y amor.

Para atender mejor a las necesidades espirituales de aquella inmensa barriada, los directores del centro benéfico y social habían empezado y llevaban ya muy adelantada una magnífica iglesia, destinada al Patriarca San José, el Protector de los obreros.

Vino la revolución, los incendiarios, después de vacilar un tanto, pues aquella casa era verdaderamente popular, la incendiaron y destruyeron porque... al fin y al cabo eran *frares* los que la fundaron y dirigían.

Eran los hijos del V. Bosco.

Pasada la tormenta, con mil trabajos y gracias a la generosidad de sus cooperadores, los Rdos. PP. Salesianos pudieron medio habilitar los locales para *escuelas*, escuelas gratuitas y populares, y hoy hay de nuevo allí 400 niños pobres, todos hijos de obreros.

Y vuelve a funcionar el *Centro Obrero*.

Y aunque sin habitaciones apenas donde vivir, los Padres siguen trabajandot an entusiastas como siempre.

Y ahora desean con todos sus anhelos acabar la iglesia, y hasta han reanudado las obras.

Hasta hoy se habían abstenido de ello por una delicadeza que el pueblo barcelonés ha sabido apreciar. « Por necesaria que sea esta obra, nos decía una vez uno de ellos, por perjudicados que seamos no continuándola, esperaremos hasta que las parroquias estén reedificadas ».

Y las parroquias, ya lo están, gracias a Dios, al celo de nuestro virtuosísimo Prelado y a la caridad barcelonesa.

Ahora urge, urge verdaderamente, terminar esa obra. Los niños y los obreros no tienen donde reunirse. Y son muchos.

Además, estando tan adelantadas las obras sería un delito dejarlas arruinar. Con un pequeño esfuerzo todo se hará.

Este periódico gustoso se pone a las órdenes de los generosos católicos para abrir una suscripción en favor de esa grande y necesaria obra. »

Asociación de ex-Alumnos.

MADRID. — Los ex-alumnos del Círculo « Venerable Juan Bosco » quisieron celebrar el aniversario de la fundación de nuestra Pía Sociedad el día de la Inmaculada Concepción con una resolución digna de todo encomio. Por la mañana comulgaron todos los socios y asistieron con edificante puntualidad a las demás funciones religiosas del día. Por la tarde se reunieron en la sala del Círculo bajo la presidencia del Rdo Sr. Director, D. Antonio Castilla, el cual no pudo menos de alabar la constancia con que acuden a las sesiones y actos del Círculo, celebró la fraternidad que entre los socios reina, y por último les leyó la circular recibida dos días antes del Rmo. Sr. D. Pablo Albera, solicitando su concurso para el monumento que a nuestro V. P. D. Bosco se ha de erigir en Turín.

La carta despertó en nuestros animosos ex-alumnos el más vivo entusiasmo, y determinaron corresponder cuanto antes al llamamiento. Organizaron a este fin una hermosa velada que se celebró el 15 de diciembre.

Comenzó el acto con un discursito del ex-alumno Basilio García; siguió la comedia en un acto *La Estrella* o *La Providencia* y el graciosísimo juguete cómico de Vital Aza *Noticia fresca*, brillantemente representados por la Compañía dramática del Círculo; y terminó con una escogida sesión de cine.

El resultado de la fiesta fueron *cien pesetas* que los ex-alumnos enviaron con indecible satisfacción a la Comisión del Monumento. No es la cantidad en sí, sino el afecto y la buena voluntad que revela lo cual constituye un ejemplo digno de imitación y al mismo demuestra cuán vivo está en el corazón de los exalumnos madrileños el amor al Vble. Juan Bosco.

OŚWIĘCIM (Polonia-Austria). — Inauguración de un nuevo edificio en el Instituto salesiano. — La imponente ceremonia fué ejecutada el 29 de octubre por S. E. el Príncipe Obispo de Cracovia, Mons. Adan Lapieha. S. E. acompañado por el clero local y el de los alrededores, fué recibido con gran entusiasmo en el Instituto, ocupado ya por las autoridades civiles y escolásticas. Cuando hubo celebrado la misa, se procedió a la bendición, después de la cual dirigió al pueblo estas palabras: «Vine para conocer *de visu* esta bendita casa, de cual habia oido hablar tanto; esta casa en la cual centenares de niños aprenden a amar a Dios, la religión y la patria, y al mismo tiempo a ganarse un pan honrado, digno de la dignidad del hombre. Considerando como se ha levantado de las ruinas en tan poco tiempo, a pesar de innumerables dificultades, grande y majestuosa, descubrimos un nuevo rasgo de la Providencia divina, que, así como en otros tiempos, suscitó tambien en los nuestros hombres generosos para socorrer la humanidad en sus necesidades y dar a sus males un remedio eficaz. El peor de los males que hoy corroe a la sociedad es el abandono de la juventud, la negligencia suma con que se la instruye en sus deberes religiosos, sociales y católicos. Pero he aquí que aparece un pobre sacerdote, el inmortal D. Bosco, que con la única riqueza que poseia, la fe y la caridad de su gran corazón, funda institutos para venir en ayuda de la sociedad civil. La Obra de D. Bosco crece, salva los Alpes y llega hasta nosotros que ya gozamos de sus beneficios; y yo siento una grandísima satisfacción por tener en mi diócesis este Instituto. Que todas las bendiciones, imploradas en las oraciones de estas sagradas ceremonias, desciendan copiosas del trono del Altísimo y fecunden la obra que aquí se realiza. Hago también los votos más ardientes para que la Obra de D. Bosco se difunda más y más en nuestro país y multiplique entre nosotros aquellos frutos de bendición que ha producido en otras naciones. Y sea prenda de tanto bien mi pastoral bendición. »

Hubo después misa solemne celebrada por S. E. el Sr. Obispo de Cracovia y sermón del Director de nuestro Colegio de Viena. Por la tarde la banda y la orquesta ejecutaron un brillante concierto y luego hubo función dramática. El augusto Príncipe-Obispo se despidió profundamente conmovido y admirado de las confidenciales relaciones que el sistema de D. Bosco establece entre alumnos y superiores.

MEMORIAS BIOGRÁFICAS
DE MONS. LUIS LASAGNA

CAPITULO XVII.

Una página de oro — El perfecto educador — Vir desideriorum — Nunca dice basta — Su catecismo — Las escuelas de religión — Propugna la fundación de una Universidad católica y de una Escuela Superior de Agricultura — Sus proyectos para el bien de la Congregación.

Recibido muy joven en las casas salesianas cuando aun no era capaz de señorear su carácter arrebatado y en extremo vivaz, no tardó en conocer las inmensas ventajas del sistema preventivo excogitado y puesto en práctica por Don Bosco en la educación de tantos hijos del pueblo. Maestro a su vez, se atuvo escrupulosamente a las enseñanzas de su gran Mentor, y logró encaminar a un gran número de alumnos por los pasos de la ciencia y de la virtud. Como Director, se le acrecentó considerablemente el campo de educador, campo que adquirió ilimitadas dimensiones cuando los Superiores confiaron a nuestro misionero la alta dirección de muchos institutos. Aunque lejanos unos de otros, los dirigía con tal tesón, gracias

a su increíble actividad, como si cada uno de ellos fuera el único de que debiera cuidarse. Ejercía especialmente muy saludable influencia sobre los Directores de cada colegio y sobre los maestros a quienes guiaba en la ardua carrera; a los mismos alumnos consiguió hacer gran bien, y ellos conociendo con cuánto afecto deseaba su aprovechamiento, correspondían del modo más halagüeño a sus paternales cuidados. Pero dejemos que nos le pinte en su oficio de educador uno de sus afortunados alumnos, el Dr. Don Luis Pedro Lenguas, de Montevideo:

» Con admirable delicadeza sabía atraerse el corazón de todos los que tenían la dicha de tratarle y más aún el de sus discípulos, los que abandonábamos muchas veces los juegos y placeres infantiles, por ir prendidos de su brazo y pendientes de sus labios, por aquellos queridos corredores del Colegio Pío, extasiados en su conversación amena que variaba desde las cuestiones más serias y de verdadero interés científico, hasta los tiernos relatos de la preciosa vida de D. Bosco.

» Simpático, afable, cariñoso hasta la ternura, atrayente como un imán, virtuoso como pocos, sabio como el que más, así era Mons. Lasagna.

» Han pasado muchos años, pero los recuerdos de mi vida en el Colegio Pío jamás se borrarán de mi mente.

» ¡Con cuánto amor y ternura no recibía las confesiones infantiles de sus hijos! ¡con cuánta amabilidad y cariño no infundía en el alma el amor grande a Jesucristo y el horror al pecado!

» Una palabra más, y quedará débilmente bosquejado Mons. Lasagna como padre afectuoso y tierno: amaba a todos sin excepción. Pendiente de sus labios estaba siempre una frase cariñosa, una palabra de aliento que prodigaba de un modo encantador.

» Fué, como maestro, un hombre nutrido de ciencia, revelándose en él una preparación poco común. Cerebro bien preparado para la concepción y la creación, trasmitía con sencillez sus ideas, y cultivaba con lucimiento las jóvenes inteligencias de sus discípulos.

» No descansaba en hacer comprender a estos que la verdadera ciencia debe tener por base y fundamento a Dios, porque sólo en Dios existe la verdad.

» Cuantas veces los áridos estudios abatieron nuestros ánimos cubriendo con decepciones y tristezas nuestros juveniles horizontes, siempre encontramos en el maestro cariñoso el bálsamo suave del consuelo que trocaba aquéllas en esperanzas y éstas en alegrías.

» Considerado como amigo, difícilmente se encontrarían manos más cariñosas ni pecho más franco.

» Una vez separado el discípulo del maestro, vinculábanse más los lazos de la amistad que se cultivaba con esmero, interesándose tanto él en la vida de los que fueron sus hijos y hoy eran sus amigos como éstos en la vida del padre, del maestro y del que hoy era su mejor amigo ».

Este encomio, al par que un homenaje al mérito, es un fiel bosquejo del ministerio de Monseñor en la obra magna de la educación. Como se ve, él se esforzaba en copiar el dechado que tantos años había tenido a la vista en la persona de D. Bosco. Y tenía tal fe en el sistema preventivo, esencialmente salesiano, que de viva voz y por escrito, en las conferencias y en la conversación predecía treribles lances a los hermanos que se empeñaran en seguir otros rumbos, aplicando el método represivo.

Pero si el Señor alabó a Daniel porque era varón de deseos, *vir desideriorum* (1), no vacilamos en afirmar que el mismo elogio corresponde a nuestro obispo misionero. Por más que fuese lo que había hecho para la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas, mucho más era a lo que aspiraban sus anhelos. Esto lo hemos visto ya en los fragmentos alegados de sus cartas; esto lo admiramos en las numerosas fundaciones que ansiaba establecer; esto nos lo evidencia al fin su trabajo incesante en la educación de la juventud.

Acongojábale grandemente el ver descuidada la enseñanza del catecismo en las familias y en las escuelas, debido sobre todo a la culpable negligencia de padres y maestros; y al mismo tiempo se afligía porque en muchos de los lugares que había visitado faltaba un catecismo elemental como el que nosotros aprendemos en el regazo de nuestras madres. Suspiraba por el día en que el Concilio Vaticano volviese a reunirse para reanudar sus trabajos y dar á todo el mundo un catecismo único a fin de grabar en todas las inteligencias con las mismas palabras las verdades fundamentales de nuestra santa Religión. Entretanto, a fuer de hombre que no se paga de vanos lloriqueos,sino que pone manos a la obra para remediar desde luego, cuanto en sí es, el mal deplorado, compuso un catecismo en lengua castellana, en la intención de difundirlo abundantemente por medio de sus tipografías. A la vista tengo su manuscrito que es un perfecto dechado de claridad y solidez de doctrina, a la par que de acierto en el método, y en verdad que me pesa el ver tan valioso trabajo truncado por la prematura muerte del autor. Había llegado a la Lección XVIII que debía tratar *del Espíritu Santo*. ¡Cuánto bien habría producido este librito! Hubiera provisto a la instrucción religiosas en las escuelas primarias. Mas esto no le bastaba todavía, sino que aumentando su santa actividad a medida de la magnitud y urgencia de las necesidades, trazaba proyectos harto más agigantados.

Seguía con gran interés el movimiento iniciado en Italia en favor de las escuelas de religión. Al paso que daba gracias a Dios de que para esta obra tan necesaria en nuestros tiempos se hubiera dignado valerse de los hijos de Don Bosco (siendo así que la iniciativa correspondió a los Salesianos de Parma, cuyos desvelos se ven hace muchos años coronados eaon el éxito más halagüeño), determinó hacer algo semejante y aun algo más en América.

Todos los años al ver salir del Colegio Pío un buen número de jóvenes, buenos, bien cimentados en la piedad, pero tal vez no bastante aguerridos para rechazar los asaltos del error, desembozadamente enseñado en las cátedras de la Universidad, sentía correr un escalofrío por sus miembros, y suspirando

(1) Dan. X, 11.

exclamaba: « ¿Cuándo podremos nosotros también abrir escuelas de religión y cátedras de apologética y círculos universitarios? » Es verdad que la Asociación de ex-alumnos obraba milagros para conservar los frutos de la excelente educación recibida; pero si esto era poco ante la necesidad, para sus deseos no era nada: mucho más era lo que anhelaba; soñaba con la escuela de religión y más aún.

Veia que para regenerar la sociedad, hoy espantosamente corrompida, no basta praporcionarla obreros cristianos, sino que también se necesita una clase dirigente inconmovible en la fe religiosa y de costumbres sin mancilla. ¿Cómo formar esta clase culta sino con las universidades católicas? Mons. Lasagna deseaba sacar partido de la sed de libertad y de progreso que devora a las jóvenes Repúblicas Americanas para fundar una Unviersidad Católica por la pauta de las de Lovaina, Friburgo y Washington, y más completa que las de Lila y León de Francia a las cuales el gobierno sectario arrebató el derecho de conferir grados académicos. Ya había manifestado su proyecto a varios amigos íntimos, secretamente para que los enemigos del bien no tentaran sofocar antes que naciese una obra tan hermosa. A no haber sido arrebatado Mons. Lasagna antes de tiempo, la América latina tendría hoy su Universidad Católica (1): a nuestro apóstol no le faltaba denuedo para acometer la empresa, porque cifraba toda su confianza en la Provindencia de Dios.

Y ya que hemos empezado la enumeración de los nobles proyectos nacidos al calor de su celo, conviene que la prosigamos, aunque Dios no haya querido que se llevaran a efecto. Ya en otra parte indicamos sus generosos esfuerzos en pro de la agricultura y especialmente de la viticultura en los campos del Uruguay y los felicísimos resultados que se obtuvieron. Pero él estaba muy lejos de haber quedado satisfecho. En la persuasión de que la agricultura sería una fuente inagotable de riquezas para aquellos feracísimos países y una garantía contra las malas costumbres que rebosan en las grandes ciudades, debido a la excesiva aglomeración de personas, tuvo también la feliz idea de fundar una Escuela Superior de Agricultura. Y para llegar desde luego a algo de concreto, en su último viaje a Italia puso manos a la obra empezando a buscar los libros en diversas lenguas que le parecían adecuados para allanar el camino y preparar maestros. Muchas personas le prodigaron palabras de aliento, consejos y recursos. Entre ellos es digno de particular mención además del Caballero Rinetti, el Teólogo Menina, Rector de San Hilario en Casal Monferrato que le donó muchas y muy preciosas obras de agricultura y revistas de gran mérito que habían adornado la riquísima bilbioteca de Mons. Bava, Párroco de Casorzo. La futura escuela de agricultura, según su plan, había de redactar un periódico con el que extendería ampliamente su esfera de acción. Pensaba también proponer al clero de América la misión de promover los adelantos de la agricultura, misión ya propuesta al clero de Italia por el sacerdote salesiano D. Carlos María Baratta, y abrigaba la seguridad de que este empeño por el progreso material facilitaría al sacerdote la conquista de las almas. ¡Plegue a Dios que alguien haga suyas estas ideas, y, más afortunado que Mons. Lasagna, logre ponerlas en efecto!

El amor de la exactitud no nos deja pasar por alto otro de sus hermosos designios, aunque de carácter íntimo y sólo concerniente a la humilde Sociedad Salesiana. Amante de lo bello hasta el entusiasmo, desebaba que, atenta la rapidísima difusión de los institutos salesianos, en nuestra congregación se cultivase particularmente la arquitectura. Observaba y con razón que ha llegado a ser extraordinario el número de casas e iglesias que los Salesianos, con el apoyo de los Cooperadores, van construyendo en todas las partes del mundo. Acariciaba, pues, la idea de que todos estos edificios, sin menoscabo de la libertad que se ha de conceder a los ingenieros, tuviesen algún rasgo que los hiciera reconocer por hermanos, y de que particularmente las iglesias, aun en pequeño, resultaran verdaderas obras de arte. Él mismo comenzó a realizar este proyecto destinando al estudio de la arquitectura al hermano Domingo Delpiano cuyos trabajos en el Uruguay y el Brasil constituyen la admiración de todos los inteligentes. ¿Quién no ve lo hermoso y acertado de tal propuesta?

Finalmente, preocupándole en gran manera el que la planta salesiana donde quiera que medrase produjera los copiosos frutos que D. Bosco aguardaba de ella, sin perdonar sacrificios pecuniarios, quiso que varios acólitos americanos viniesen a pasar algunos años junto a la tumba de nuestro Fundador, bajo las miradas de los Superiores Mayores para beber en su verdadera fuente el espíritu salesiano. Al mismo tiempo dispuso que estos sus alumnos, frecuentando en Roma la Universidad Gregoriana, aprendiesen la filosofía, la teología y todas las ciencias eclesiásticas de los Maestros designados por el mismo supremo Jerarca de la Iglesia. De los jóvnees salesianos de tal suerte modelados en la virtud y en la ciencia se prometía un bien inmenso para la provincia encomendada a sus desvelos. En esto también sus deseos y sus esfuerzos revelan una gran mente de vastísimos horizontes. Él arrojó la semilla; la planta ha germinado y regada con los sudores de los misioneros no dejará de crecer y de consolar a la Madre Congregación con sazonadísimos frutos.

CAPITULO XLVII.

En el Colegio Pío. — Quieren ser los primeros. — Un aniversario bien festejado. — Los goces de un oasis. — Noble porfía. — Por los obreros católicos. — Congreso y exposición agrícolas. — ¡Si tuviese alas! — Palabras de oro.

Innumerables atenciones y solicitudes habían tenido a Monseñor por varios meses alejado del Colegio Pío, en el que moraba tan a su gusto. Esta ausencia y otras harto frecuentes lastimaban el corazón de aquellos buenos hermanos, de los alumnos y de los numerosos y aficionados Coopera-

(1) Hoy han realizado esta empresa los católicos chilenos. (*N. del T.*)

dores de Montevideo. Era, pues, muy natural que al gozar ahora de su amable presencia buscasen ocasión propicia para demostrarle que entre todos sus hijos del Uruguay y del Brasil los del Colegio Pío IX eran los que más acendrado cariño le profesaban. Y esta oportunidad no tardó en presentarse. Mientras el piadoso Obispo se había propuesto celebrar el segundo aniversario de su consagración episcopal en medio del recogimiento para retemplar su espíritu, los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora pensaban aprovechar aquella fecha memoranda para festejar a su amadísimo Padre y venerado Superior.

Monseñor tuvo que avenirse a pasar primeramente el 12 de marzo entre las Hermanas de María Auxiliadora de Villa Colón, quienes habían reservado para tal día la hermosa ceremonia de la toma de hábito de varias postulantas y la profesión religiosa de ocho novicias. Fué una fiesta simpática y digna de él. El fervor de aquellas afortunadas jóvenes que en aquel día celebraban sus desposorios con Jesucristo, y a Él se consagraban gozosas sin límites ni reserva, los devotos cantos que resonaban entre aquellas pacíficas paredes, el júbilo que resplandecía en todos los semblantes, las sinceras demostraciones de afecto tributadas a Monseñor, todo esto le produjo el regocijo y solaz que suele hallar el cansado viajero en un oasis delicioso.

El 14 de marzo les llegó su turno a los Salesianos y a los buenos alumnos del Colegio de Villa Colón y su fiesta resultó en verdad grandiosa y solemne. Inauguróse el día con una comunión general ofrecida a Dios según las piadosas intenciones del amadísimo Obispo misionero, el cual después celebró pontificalmente la misa, acompañada de suave música compuesta por el maestro P. Pedro Rota, salesiano. Asistió la flor y nata de la sociedad de Montevideo, queriendo aquellos generosos Cooperadores y celosas Cooperadoras dar con esto una prueba del tierno y profundo afecto que profesaban a Mons. Lasagna. A esta fiesta de familia acudieron también los artesanitos de los Talleres de D. Bosco, llevando en dón una sotana, un par de zapatos y algunos libros artísticamente encuadernados, obras todas de sus manos, ufanándose de mostrar por tal manera al Superior su cariño y reconocimiento al par que los adelantos que habían hecho en las escuelas profesionales. Tampoco faltaron los aspirantes y novicios de Las Piedras que estaban impacientes de ver de nuevo el rosttro sereno de su amadísimo Padre. Intervino también el Dr. D. Luis Piñeyro del Campo, Ministro de Relaciones Exteriores, deseoso de patentizar a Monseñor Lasagna el aprecio en que el Gobierno tenía sus esfuerzos por extender las conquistas del progreso. La solemne velada músico-literaria que coronó el día tuvo por tema: « Mons. Lasagna y las Misiones de Matto Grosso ». Es fácil argüir lo grato que le habrá sido la velada con este argumento predilecto para él.

Pero estas filiales manifestaciones no habían de menguar su actividad, y algunos días después le hallamos ya ocupado en hacer bien al Círculo Católico de Obreros de Montevideo. Mientras estaba visitando los talleres salesianos de aquella ciudad, vino una diputación de dicho Círculo a rogarle que predicara un triduo en preparación a una fiesta solemne. Él acatando las recomendaciones de León XIII contenidas especialmente en la Encíclica *De conditione opificum* y conociendo a fondo la necesidad, extrema hoy día, de ir al pueblo para hacerle conocer que sólo en la práctica de las enseñanzas de Jesucristo se puede hallar la solución del problema social, no pudo negarse a la galante invitación. En las tres noches el buen Prelado, dando suelta a su afecto hacia el menestral, ante unos trescientos obreros reunidos en la iglesia del Seminario, resolvió con profunda ciencia y finísimo tacto los más pavorosos problemas que agitan la sociedad, poniendo en guardia a los oyentes contra las fantasmagorías colectivistas que deslumbran a tantos incautos apartados de las doctrinas de la Iglesia. El día 24 de marzo todos los socios del círculo, después de haber asistido a la misa y recibido la santa Comunión, precedidos de la bandera social y de la banda de música, quisieron acompañarle hasta la casa salesiana. Allí, tras un modesto desayuno, oyeron algunos elocuentes discursos, y Monseñor, recordándoles la grandeza de las repúblicas de Venecia y de Génova, demostró que tal auge lo habían alcanzado practicando paladinamente y sin respetos humanos la religión católica; otro tanto deseó al Uruguay al que llamó su segunda patria, y aseguró que estos sus deseos no serían vanos, si todos los obreros seguían los nobles ejemplos dados en aquellos días por los socios del Círculo Católico de Montevideo. Al salir, cada uno recibió una obrita preparada por el P. Torrielli, consiliario del Círculo, como recuerdo del triduo y de la simpática fiesta.

(*Continuará*).

Cooperadores Salesianos difuntos.

ESPAÑA.

Sr. D. Eustaquio Herráiz — *Abia* (Cuenca).
Sra. Da. Sofía Herráiz — » »
» » Apolonia Collado — » »
» » Césara Mora — *Bascuñana* »
» » Gabriela Grande — *Cuenca*
Sr. D. Proceso Escamilla — »
Sra. Da. Catalina Hernández Va. de Moreira — *Vigo*
Pontevedra.
Sra. Da. Cándida Granada Va. de Pereira — *Vigo*
Pontevedra.
Sra. Da. Dolores Codina — *Barcelona.*
Sr. D. Canuto Agustí — »
» » José Vidal — »
» » José Rigas Franquesa — »
Sra. Da. Rosa Fábregas — »

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica:
Gerente: JOSE GAMBINO.
Establec. Tip. de la S. A. Int. de la Buena Prensa
Corso Regina Margherita, N. 176 - TURIN.